

DOCUMENTOS DEL PROGRESO

APARECE EL 1.º Y 15 DE CADA MES

SUMARIO:

CARLOS RADECK. — En memoria de Carlos Liebknecht. — (De una carta a los trabajadores rusos, publicada en Febrero de 1919 por la «Isvestia», órgano central de los Consejos de los soldados y obreros).

NICOLAS LENIN. — Carta dirigida a G. M. Serrati y a los comunistas italianos.

GREGORIO CHICHERIN. — ¿Qué hay entre la Gran Bretaña y Rusia? C. N. — Las persecuciones de los hebreos en Ucrania.

G. ZINOVIEFF. — La Social-democracia instrumento de reacción.

ARTHUR RANSOME. — Una velada en la Opera. — Una pieza de Tchekhov.

JACQUES SADOUL. — Notas sobre la Revolución bolshevikí.

ERNEST LAFONT. — Contra la intervención en Rusia. — (La advertencia de los demócratas. — Contra el sufragio universal. — La ley de Skoropadski).

La obra constructiva en Rusia. — (El control del trigo).

Documentos de la Revolución. — (Alemania. — Resoluciones adoptadas por el Partido Comunista en su último Congreso. — La verdad en torno al masacre frente al Reichstag).

Los documentos que se insertan son auténticos

APARECIÓ

el interesante libro de

LEON TROTZKY

El advenimiento del bolshevismo

Desde la Revolución de Octubre al Tratado de Paz de Brest-Litovsk)
Carta del autor a los Revolucionarios Franceses

SUMARIO

Prefacio. — Los intelectuales pequeño burgueses en la revolución. — Los problemas de la guerra. — La campaña contra los bolsheviks. — La ofensiva del 18 de Junio. — Las jornadas de Julio. — Después de las jornadas de Julio. — La insurrección de Korniloff. — La lucha dentro de los Soviets. — La conferencia democrática. — Dificultades en el frente y en las retaguardias. — La inevitable lucha por el poder gubernativo. — La lucha por el Congreso de los Soviets. — El conflicto debido a la guarnición de Petrogrado. — El Soviet democrático y el Parlamento Preliminar. — Los social-revolucionarios y los mencheviks. — Salida del Parlamento Preliminar. — La voz del frente. — Los comisarios del Comité Militar Revolucionario. — La mareasub. — La jornada del Soviet de Petrogrado. — La conquista de los contingentes tubeantes. — El principio de la insurrección. — La jornada decisiva. — Los Soviets de los comisarios del pueblo. — Los primeros días del nuevo régimen. — La insurrección de los cadetes oficiales el 29 de Octubre. — La marcha de Kerensky sobre Petrogrado. — El fracaso de la aventura de Kerensky. — Preparativos del interior. — El destino de la Constituyente. — Principios de la democracia y dictadura del proletariado. — Las negociaciones de paz. — Discurso del comisario del pueblo para los Negocios extranjeros. — La segunda guerra y la firma del tratado de paz. — Conclusión.

Es la Historia mejor documentada del momento más culminante de la Revolución Rusa.

Precio del ejemplar: \$ 1.—

No se enviará el libro sin que previamente no se remita su importe, acompañado del correspondiente gasto de franqueo.

Los pedidos no menores de 10 ejemplares 25 % de descuento.

En venta en todas las principales librerías, kioskos y en esta administración.

Pedidos a JOSÉ NÓ, Casilla de Correo 1160—Buenos Aires

PROXIMAMENTE ABARECERA EL LIBRO DE:
NICOLAS LENIN

La obra de Reconstrucción de los Soviets

La disciplina en el trabajo. — Los fines y los medios de la Revolución rusa.
— Democracia y dictadura proletaria.

DOCUMENTOS DEL PROGRESO

APARECE EL 1.º Y 15 DE CADA MES

CARLOS RADECK

EN MEMORIA DE CARLOS LIEBKNECHT

(De una carta a los trabajadores rusos, publicada en febrero de 1919 por la "Isvestia" órgano central de los Consejos de los Soldados y Obreros).

Habéis bañado con vuestras lágrimas su cadáver, cuyas heridas gritan al cielo contra los traidores del socialismo. Lo habéis envuelto en la roja bandera de la revolución mundial proletaria y depositado cual en un féretro en vuestros corazones, a fin de que permanezca en él eternamente. Millones de vosotros no sabéis de él más que lo siguiente: que en la oscura noche, solamente esclarecida por el tronar de los cañones, saltó con una pequeña falange, fuera de la trincheras para batirse en favor de la paz, y arrojado a la cárcel por los potentados, soportó con constancia toda clase de pena, e inmediatamente después de libertado de las cadenas, elevó nuevamente la bandera de la lucha y con ella en la mano cayó, cayó sobre los umbrales de una nueva vida.

Yo quiero que todo proletario sepa mucho más de Liebknecht, que lo ame, no solamente como lo ensangrentada figura de un mártir, sino como él fué en vida, con sus méritos y con sus defectos, no a modo de un libro muy ponderado, sino a modo de un hombre con todas sus contradicciones. El hombre Liebknecht debe ser nuestro gran modelo, un modelo para nuestra juventud que debe aprender a combatir, un modelo para nuestras mujeres, que no deben dejarse dominar por la vida; un modelo para nuestros hombres cuando la duda se apodera de ellos.

No ha llegado aún el tiempo de componer una detallada biografía de Carlos Liebknecht. En su casa doliente aún habitan los soldados de la contrarrevolución alemana, y mientras escribo estas palabras, no me ha sido aún posible arrojar una mirada sobre las cartas que él ha dejado, y yo mismo debiendo ocultarme, porque estoy fuera de la ley, no puedo recoger los documentos ya publicados. No obstante, creo entender justamente su rica vida; os la quiero describir y haceros participar de lo que hubiera dicho si en el día de sus exequias me hubiese encontrado entre las blancas paredes de Moscú... En torno a la cuna de Liebknecht se entonan canciones de héroes. Las primeras impresiones recibidas por el niño fueron las provocadas por las persecuciones de la ley contra el socialismo. La burguesía alemana y los Hohenzollern buscaban de aniquilar los primeros movimientos socialistas del proletariado alemán. Para quien difundía la delictuosa enseñanza; «no debe derrochar el perezoso vientre lo que produjeron las laboriosas manos», para quien no detestaba a los pobres y a los desheredados, no había un refugio tranquilo; perseguido, debía errar de lugar en lugar, nunca seguro de los sicarios.

Guillermo Liebknecht estaba en la vigia y no suspendía ni aún entonces, la lucha por el socialismo, afirmando con sus propios sufrimientos que se debe vivir para la liberación de la humanidad. Carlos, niño, debe haberse preguntado con frecuencia, con qué fin personas extrañas giraban alrededor de la casa de su padre, por cuáles razones

se ocultaban de noche gente en casa, hablando sigilosamente como ladrones: debían ser buenas personas, porque acogidas amigablemente por sus padres, acariciaban su negra cabeza del pequeño. Así creció, en los años de la persecución, como hijo del soldado de la revolución. Ser soldado y combatiente de la revolución, tal fué la herencia recibida en la cuna. Cayó la ley contra los socialistas. Contemporáneamente al floreciente y poderoso capitalismo se reforzaba la clase de los trabajadores, y con el crecimiento de ésta se ensanchó, a pesar de las persecuciones, la social democracia alemana. Se inauguró la nueva ruta, comenzó la tentativa de ganar a la clase trabajadora con concesiones económicas; en otra forma acaso hubiera abierto una ruta diversa, muy dura; el contenido de aquella época se resume así: mientras el capitalismo acordaba tolerables condiciones de vida a las masas de los obreros calificados, los mantenía alejados de las agudas luchas revolucionarias. El socialismo prosperó. Crecían las organizaciones del partido y florecían los sindicatos. En las asambleas del partido se tomaban resoluciones revolucionarias. Pero en la práctica, la lucha fué conducida solamente en vista de pequeños mejoramientos en las condiciones materiales de los trabajadores, y no con propósitos revolucionarios. Y puesto que los actos tan decisivos para dar carácter a un partido como para definir el carácter de un hombre, la democracia fué un partido de reforma y no de revolución, aunque continuara usando palabras revolucionarias.

Carlos Liebknecht, que al tiempo de este proceso de moderación y petrificación, llegó a joven, y seguía con mucho interés las vicisitudes políticas y sociales, aunque entonces no habría participado activamente en política, se encontraba hereditariamente garantizado contra este aburguesamiento y mecanización del espíritu revolucionario. En casa de su padre vivían las tradiciones del año 1848, las tradiciones de la revolución y de la lucha por la república.

Yo acerto, hace diez años, cuando por primera vez tuve ocasión de conocer a los dirigentes del partido, cuando dije que Carlos Liebknecht era uno de aquellos jefes de espíritu práctico por los cuales el republicano no era una noción puramente teórica, sino una cuestión actual. La segunda cosa que saltaba a los ojos era que él no se encontraba fosilizado; creía que el progreso no debía ser lento y que en las relaciones estatales y sociales debían modificarse en tiempo no muy lejano. En consecuencia, para él no se trataba de ponderar teóricamente solamente aquellas fuerzas que en breve tiempo debían convulsionar la tranquila, la «pacífica» Europa; si la situación no era todavía revolucionaria, se debía ir a las masas para despertarla, y esto Liebknecht lo podía como pocos.

Salta a la vista y se aclara otro rasgo característico de Liebknecht. Antes de la guerra fué reprochado de ser demasiado «largo» en sus concepciones, de amar todas las formas de la acción, aunque desde el punto de vista de

los principios no tuvieron gran importancia. El fundamento de este reproche demostró la vivacidad de Liebknecht, no común en Alemania, la que no le permitió renunciar a base de consideraciones doctrinarias, a cualquier medio de influir sobre los trabajadores. Así se explica también su intromisión en el movimiento en favor de la separación de la iglesia. El tenía un ojo excelente para las nuevas necesidades y para los nuevos movimientos que se iniciaban.

Cuando entró en política, se advertían las primeras señales del imperialismo que se hacía potente también en Alemania, la manumisión del capital y su extensión más allá de las «fronteras de la patria», hacia nuevos campos de explotación. El partido comprendió los peligros de guerra que de ella nacerían, pero sólo Liebknecht los vio vivos con los ojos de la imaginación, cual el Moloch que extendía sus brazos hacia millones de jóvenes alemanes. Así fue el uno de los pocos que se dirigieron a la juventud amenazada para ponerla en guardia contra tales peligros. El Partido prohibió la agitación específicamente antimilitarista.

El Partido explicaba que la educación de la juventud proletaria debía armarla por sí misma contra el espíritu del militarismo, y que la lucha del proletariado contra el capitalismo entrabala, al mismo tiempo, la lucha contra el militarismo. Pero Liebknecht sentía lo que había de falso bajo estas consideraciones «fundamentales». El percibía que la educación de la juventud no era suficiente, y que debía ser particularmente excitada contra el militarismo. Sabía bien que el militarismo puede ser solamente destruido junto con el capitalismo por la revolución proletaria. Comprendía la importante revolución que importaba el demostrar a los jóvenes proletarios del militarismo sólo es una parte de la lucha general de la liberación del proletariado. Los jefes del Partido movieron la cabeza frente a la acción separada de este «sinqueto», pero el joven Liebknecht se aferró tenazmente a su idea. Faltalmente lo ligaba a ella su instinto revolucionario.

La conciencia del amenazador peligro internacional aumentó en Liebknecht los sentimientos hereditarios de internacionalismo. Fue uno de los pocos que en Alemania vivían en viva necesidad de conocer como se encontraban las cosas en los partidos oficiales, no sólo de Francia o de Rusia, sino también de los pequeños partidos balcánicos. Sus viajes a América y a Francia, y sus íntimas relaciones con los compañeros rusos revelaban en él la conciencia que tenía de la incommensurable importancia que revestía el cuidado de las relaciones internacionales. ¡Con cuánto interés y tesón en el viaje que hicimos con León Trotsky a Copenhague, desde Berlín, en dirección al Congreso Internacional, se hizo intrinsecamente de la intrincada cuestión rusa! Se entiende que para Liebknecht la Internacional no era una liga formal de partidos distintos, sino que era su verdadera patria, como dijera más tarde los jefes del grupo «Spartacus».

Las estimables cualidades políticas de Liebknecht debían, antes de la guerra, desagradar a una parte de los dirigentes mientras que lo hacían popular entre las masas de los trabajadores y en la Internacional. Se elevó demasiado alto en las filas del partido alemán, para no ser inculcado de ambición. Se agregaron a ello sus viriles cualidades por las cuales se alejaba del tipo convencional de un digno jefe del partido. Amaba la vida; libre y despreciablemente la tomaba allí donde le viera; libre y despreciablemente en este joven Absalón tan poca hipocresía, tanta alegría infantil de vivir, que muchos, por encima de la seriedad profunda, advertían la dilatación y la firmeza de su temperamento. No olvidaré jamás como un día, durante un paseo, llegamos a hablar de Peer Gynt. El conocía el drama por la traducción de Passarge, y yo le narré las finuras de la traducción de Morgenstern. Vino conmigo y durante tres horas (eran ya más tarde de la media noche), leyó la versión de Morgenstern. Cuando llegó a la escena en la que Peer Gynt eye, entre el murmullo de las bojas, gemir las canciones que no cantó, las lágrimas que no lloró, las batallas que no combatió, llorar sobre una vida que no fue completa, los rasgos del rostro de Liebknecht se contrajeron y exclamó: «¡maldita la mitad del tiempo que no recorrimos! no obstante, se puede, se debe hacer una vida completa».

Tal era Liebknecht antes de la guerra; un agitador inflamado, un político potente, una cabeza ferviente, vivaz y alegre, predilecto de los trabajadores y de las mujeres; un hombre, en fin, — como dicen los polacos —, hecho para la batalla y para la taberna. En cada gesto se mostraba el hijo de su padre, del gran jefe del pueblo, del gran hombre que en vida sabía reír como un niño. Después de la guerra, y a su fuego tomaron formas todos los elementos del temperamento y del carácter de Liebknecht, el héroe de la clase trabajadora alemana.

II

La guerra llegó. Las primeras noticias llevaron al extranjero la voz de que Carlos Liebknecht y Rosa Luxemburgo habían sido fusilados. Sembrando noticia anticipó la realidad, pero demostró en el extranjero que amigos y enemigos sabían de quién debía esperarse la lucha contra las fuerzas de la guerra. Liebknecht fue sobrepasado por los acontecimientos. Sobre el umbral del período heroico de la vida pagó el último tributo al Partido, cuya potencia revolucionaria era su más violento sueño. La opinión de que el 4 de Agosto debía permanecer solamente como un trágico episodio, lo indujo a conservar la disciplina y a renunciar a una abierta protesta, 'entonces, contra la guerra. Después de pocos días advirtió que había incurrido en un gran error. Se acercó a Rosa Luxemburgo, cuya línea de conducta severamente teórica y sólida era extraña a su naturaleza, más amplia e indagadora, y se formó entre ellos dos, una liga para la vida y para la muerte.

En las primeras semanas de la guerra buscaron dirigirse a las masas de los trabajadores, pero el gobierno lo impidió. A la segunda petición de créditos Liebknecht se mostró decidido a levantar la bandera de la revuelta. Buscó de conseguir que observaran una conducta uniforme los 14 diputados, además de él, que en el Reichstag se opusieron al pedido de créditos. Estos rehusaron. Liebknecht, a quien más tarde los adversarios le reprocharon el querer obrar solamente por vanidad, para brillar solo, luego hasta el último instante para atraer consigo al grupo de los colegas vacilantes, aunque sea a dos, aunque sea a uno, se unió a la lucha común. Daba piedada, verlo como a pesar de usar todos los medios dependientes de su influencia intelectual y moral, en un grupo de más de cien hombres, no lograba convencer a uno, obligar a uno a romper con todos los compromisos viles. Finalmente, vio como la escisión con la dirección era un problema moral. Liebknecht permaneció solo. Su rostro se hundió y su boca fue amargamente trabada. Se decidió a proseguir solo, no obstante el consejo contrario de sus amigos. En aquella hora vi como en Liebknecht se dispararon las últimas dudas; como en él se desarrolló la gran fuerza moral que no lo abandonó más hasta la muerte; la férrea decisión de abrir el camino del despertar socialista, aun que ello le costara recoger en su pecho todas las flechas.

La batalla alrededor de la bandera del socialismo caída en el famoso «puerto» con calumnias y en parte con burdas. Debía ser aterrorizado con amenazas y con sugerencia de que se sacrificaba en vano. A los millores tomaban partido a su favor. La explicación de los motivos de su separación fue transcripta por millares de obreros y de reprochada; pasó de mano a mano, despertó el sentido de la responsabilidad, y atrajo a la lucha a hombres y mujeres. Liebknecht ocupó el punto central de la revuelta opuesta. A fines de Diciembre de 1914, mientras me hallaba en Suiza, vi con plena claridad, lo fructuosa de su acción, en el sentido internacional. Era hasta entonces el primer signo seguro de que existían en Alemania fuerzas revolucionarias. Lenin, este hombre sin frases, que midió quitras de la manera más aguda la profundidad de la ruptura de la Internacional, comprendió que la decisión de levantar la bandera de la revuelta contra todas las fracciones era la señal para la acción. Comprenderas.

El nombre de Liebknecht se convirtió en uno de los más amados por la creciente vanguardia del proletariado ruso; lo mismo sucedía en Francia y en Italia. Barbusse le erigió un monumento en su «Fuego»; el monumento del grupo alemán que como una estrella brilló en la oscura noche al último centinela del socialismo francés... Cuando en Octubre de 1915 los miembros esparcidos de los batallones

sobrevivientes de la vieja Internacional se reunieron en Zimmerwald, y Ledebour, en nombre de sus adherentes (aquellos que más tarde se llamaron «independientes»), declaró que no existía una fracción Liebknecht, el astuto Trotsky le criticó entre las aprobaciones de los franceses e italianos: «para nosotros existe solamente la fracción Liebknecht!».

Compelido por las denuncias de la prensa social-patriota a permanecer en Suiza, no vi más durante aquel año, a Liebknecht. Pero entre cada una de sus cartas esparquistas, entre cada una de sus pequeñas interrogaciones, y su rostro endurecido en la lucha, miraba hacia mí. Él estaba dispuesto a llegar a las últimas consecuencias... A una carta, en la que nosotros lo rogábamos no exponerse tentado, él me respondió con una tarjeta de Libau, conteniendo el mote de su predilecto Estúpido: «Y no amar demasiado al sol, y demasiado a las estrellas!». Reprodujo luego las palabras siguientes del poeta: «Y sigo en la oscura tumba» porque ninguna poesía era extraña a aquel que una entera fue una hazaña heroica. Cuando conocí a Liebknecht antes y durante la guerra, vi y pudo tocar con las manos la inaudita responsabilidad que pesaba sobre él, hombre alegre, enamorado de la vida, comprendiendo cuánto debía perdonar a muchos, lo convirtió en un combatiente férreo e inflexible, como los tiempos. Quien lo conoció antes y durante la guerra, notaba, formalmente, como su carácter había asumido la dureza del metal.

Cuando llegó la noticia de su detención en la plaza de Potsdam muchos amigos del exterior se preguntaron por qué él, ocupando un puesto tan a la vista, tomaba parte en las manifestaciones. Muchos advirtieron en ello la señal de una gran excitación interna, que un jefe debía dominar. Pero lo que le habían impulsado a la calle, era el sentido del deber. La fe en la palabra social-demócrata había caído tan baja, gracias a la traición de la social-democracia, que quien quería forjar una nueva fuerza revolucionaria no podía limitarse al servicio intelectual que presta el estado mayor tras las líneas de fuego. La «dureza» de Liebknecht era también profunda prudencia, y su martirio en la ergástula ha hecho más por la revolución alemana que lo que podía hacer la prudente acción de todo un partido. La celda del soldado de equipo Carlos Liebknecht, fue el centro de una envolvente fuerza moral, a la cual ningún arte de aislamiento del gobierno pudo oponerse. La palabra: «yo lo he osado», recorrió el mundo e inflamó a los hombres y los invitó a imitarle.

Estalló la revolución rusa; el primer ejército del imperialismo se rebeló y el primer ejército del socialismo comenzó a formarse. Cuando nos sentamos en Brest-Litovsk en la mesa de las negociaciones con el conde Mirbach y con el general Hoffmann, Estalló la huida de Enero. Ninguno de nosotros creyó que esta fuera la victoria, que el imperialismo alemán «ceder» y Trotsky rechazó cualquier compromiso. Era preciso, a riesgo de graves peligros, mostrar al proletariado alemán que el imperialismo germanico podía fracasar, pero que no entendíamos voluntariamente concluir ningún compromiso con ellos.

Más tarde, cuando fuimos obligados a concluir la paz, a librarnos de la cruz de Brest y volver atrás, nos preguntábamos frecuentemente con inquietud: «¿Comprenden los nuestros nuestra condición y nuestra táctica?» Y Liebknecht me relató los sufrimientos soportados en la cárcel cuando pensaba que todos nuestros sacrificios podrían ser inútiles y que la clase trabajadora alemana, que no surgiría a tiempo para unirse con nosotros. Tenía que nosotros, con nuestras conclusiones, hubiésemos ido demasiado lejos e invocaba a sus amigos, desde la prisión, a fin de que obraran, aunque absorbieran el último alfiler amargo.

Por temor a la revolución que se avecinaba, el gobierno del imperialismo alemán, que se encontraba al borde del abismo, puso en libertad a Liebknecht. Su primer paso fue

dirigirse a la embajada rusa. La noche siguiente a su liberación Bukharin nos participó que Carlos estaba completamente con nosotros. La alegría de los obreros rusos por la liberación de Liebknecht es indescribible. Si en aquel momento hubiera podido venir hacia nosotros, nadie sabe como los trabajadores rusos habrían acogido a Liebknecht.

Cuando a fines de Diciembre llegué a Alemania y después de cuatro años logré de nuevo estrechar la mano de Liebknecht, me dijo tranquilamente, sin revelar la mínima desilusión: «Nos encontramos apenas al principio, el camino será todavía largo». Y estuvimos de acuerdo con él y con Rosa Luxemburgo, que la distancia podía abreviarse solamente con una incansable agitación, con la propaganda y la acción. Quien viviendo con ellos vio como ambos trabajaban desde las primeras horas de la mañana hasta altas horas de la noche, como resultante cortaron las últimas ligaduras que los ataban al mundo de la mediocridad, mientras fundaban el partido comunista alemán, como en medio del vértice revolucionario alentaban a sus partidarios, puede sentir profunda fe por el movimiento comunista alemán.

Liebknecht no iba a vivir los nuevos tiempos. La primera ola de la revolución proletaria, en la tormenta no vino de lo que quería, y ella lo arrolló. Cuando, fracasada la huelga de Enero, el gobierno buscó a Liebknecht para detenerlo, nadie osó aconsejarle la fuga, aunque era claro que su captura implicaba peligro de muerte. Quiso arrojarle en contra de la repetición de los progroms. El día en que lo alcanzó la bala mortal, abrigaba el pensamiento de convocar próximamente a mítines públicos. Así cayó a manos de sicarios, en manos de quienes en él y en Rosa Luxemburgo querían herir a la revolución alemana. Cayó en la primera fase de la batalla. Lleno de confianza y con la conciencia de la victoria. Cayó como vivió: herido, como el soldado en el puesto de combate. Y nosotros, que conocíamos de cerca en sus méritos y en sus defectos, que comprendimos la inmensa pérdida sufrida por la revolución al ser arrancado de sus filas, este férreo guerrero, decimos sobre su tumba: «Para nosotros él será un modelo de fidelidad al socialismo, del espíritu de sacrificio y del coraje, sin el cual la revolución no puede triunfar».

Liebknecht estaba animado por una profunda convicción no sólo en la necesidad objetiva del comunismo, sino por la más honda aspiración personal hacia la plena vida aritmética que solamente es posible desarrollar sobre el terreno del comunismo; y esta aspiración brotaba de un amor y de una bondad incommensurable, de la simpatía hacia toda criatura sufriente, del sentimiento de solidaridad, elementos sin los cuales el socialismo es un fantasma. El público conoce solamente en Liebknecht al héroe combatiente. Grandes círculos del proletariado, que acudían a él como sostenedor del derecho, que encontraban en él humana piedad, lo amaban como hombre. El coraje guerrero de Liebknecht dimanaba de su amor hacia todo hombre y de la opinión de que durante el tiempo en que vivimos no se puede socorrer al dolor en pro del socialismo. Murió en esta lucha. Millares de hombres lo seguían como mártires. Hasta que la humanidad desnuda, hambrienta, cubierta de heridas se acuerde amorosamente de sus mártires. Su padre fue llamado soldado de la revolución. A Carlos Liebknecht le correspondió el honor de merecer este título con la muerte. La República de los Soviets destinó para sus valerosos hijos, el ribete de la «estrella roja». Colocado sobre la tumba de Liebknecht, y no conocida cada uno de nuestros amigos otro signo de honor más elevado que el de acercarse al espíritu de Carlos Liebknecht, ganándose ese ribete, de Carlos Liebknecht, que caminó por la vía que queremos recorrer hasta el fin, aunque cada uno de nosotros, por primera vez, debiera ganarse sobre el atado la estrella roja.

Una carta de Lenin a los comunistas italianos

Al compañero Serrati y a los comunistas italianos

Moscú, 29 de Octubre de 1919.

Estimado amigo:

Las noticias que recibimos de Italia son escasísimas. Solamente por los diarios extranjeros — no comunistas — hemos sabido de vuestro Congreso de Bolonia, y de la espléndida victoria del comunismo. Me congratulo de todo corazón con usted y con todos los otros comunistas italianos y os auguro los más grandes y mejores éxitos. El ejemplo del Partido Socialista Italiano ejercerá una influencia inmensa en el mundo entero. Sobre todo, vuestra decisión acerca de la participación en las elecciones al parlamento burgués parece acertadísima, esperando que ella contribuirá a subsanar la disidencia producida actualmente en el seno de los comunistas alemanes a raíz de esta cuestión.

No hay duda que los oportunistas a la vista y ocultos — existen tantos en el grupo parlamentario socialista italiano! — procurarán anular las decisiones de Bolonia. La

lucha con estas tendencias no ha terminado aún, pero la victoria de Bolonia os facilitará otras victorias.

Dada la situación internacional de Italia, le esperan al proletariado italiano todavía papeles muy difíciles. Puede ser que Inglaterra y Francia, ayudadas por la burguesía italiana, intenten llevar al proletariado italiano a una insurrección prematura para sofocarla más fácilmente. Pero no lograrán su intento. El maravilloso trabajo de los comunistas italianos es una garantía de que lograrán conquistar para la causa del comunismo a todo el proletariado industrial y agrícola, así como a los pequeños propietarios, y entonces — previa elección de un momento favorable desde el punto de vista de la situación internacional — la victoria de la dictadura del proletariado italiano será definitiva. Nos lo garante, también, los progresos de los comunistas en Francia, en Inglaterra y en el mundo entero.

Con saludo comunista.

NICOLAS LENIN.

¿Qué hay entre la Gran Bretaña y Rusia?

por GREGORIO CHICHERIN

(Traducido del «Soviet Russia», órgano oficial en inglés, del gobierno ruso en los Estados Unidos, dirigido por el consul Martens, del 8 de Noviembre de 1919).

Lo que hay actualmente entre la Gran Bretaña y Rusia, es en realidad, una guerra. Los ejércitos británicos junto con los de sus aliados han invadido a Rusia. Ellos han violado la frontera de Rusia sin ninguna declaración de guerra y sin provocación de parte de Rusia. El pueblo ruso está defendiéndose. Aunque agotado por largos años de guerra, con la producción nacional completamente desquiciada y en medio de la más tremenda tarea, de reconstrucción de la vida de la nación entera que se ha visto en la historia, ha levantado un nuevo y fuerte ejército que está rechazando a los enemigos que invaden el país por todas partes. Está realmente soportando una gran guerra. Si las grandes masas del pueblo no estuviesen tras del gobierno del Soviet, ¿cómo sería posible a este gobierno oponerse al asalto de huestes enemigas del norte, por el sud, el este y el oeste?

¿Cuáles son las razones que obligan a Inglaterra a hacerle la guerra a Rusia? El primer pretexto oficial dado por el gobierno británico cuando empezó las hostilidades contra Rusia, fue la necesidad alegada de salvar a los checoslovacos amenazados por el gobierno ruso. En realidad eran los checoslovacos quienes atacaron al pueblo ruso. En verdad, durante todo el período de las operaciones militares entre la Gran Bretaña y Rusia, no hubo jamás un instante en que los checoslovacos no pudieran salir pacíficamente del país si lo hubiesen querido. Al principio del año 1918, el gobierno ruso realizó una gran concesión, una concesión excepcional, habiendo permitido al ejército checoslovacos salir con todas sus armas a través de toda la Rusia. Los checoslovacos no dieron a esta gran concesión ninguna respuesta amistosa. Bajo la influencia de oficiales contrarrevolucionarios y aún de oficiales de la Entente, hostiles al gobierno ruso de los Soviets, los checoslovacos, en el camino del Asia Central al Lejano Este, llevaban a todas partes el desorden, hostilizaban a los Soviets, se portaban brutalmente con sus conacionales, que hallaban

en su camino por ciudades y pueblos, siempre que aque los apoyaran a la revolución de los Soviets, se apoderaban por la fuerza de trenes de aprovisionamiento y cometían actos de violencia contra los empleados ferroviarios, llegando su acción, cada vez más, a asumir caracteres de una rebelión contra el gobierno de los Soviets.

En aquella época, la Rusia nueva, la Rusia popular de los Soviets, no había llegado todavía, a formar su nuevo ejército; su organización interior estaba todavía diseñándose apenas y en medio del país desarmado, la presencia de una fuerza hostil organizada se revelaba cada vez más claro como un serio peligro. El desembarco japonés en Vladivostok, a principios de Abril, fué la primera manifestación de las intenciones hostiles de la Entente en el Lejano Este. Los Soviets de Siberia estaban protestando contra el arribo de la numerosa y hostil fuerza de los checoslovacos, cuando venía acercándose la amenaza del lado de la Entente. Los checoslovacos mismos preferían mucho adoptar otro camino, como el de Arcángel o Murmansk. El gobierno de los Soviets, en vista de estas circunstancias, abrió negociaciones con la Gran Bretaña y Francia, a fin de embarcar a los checoslovacos para la Europa Occidental en uno de los puertos del Norte. Se podía esperar que la Gran Bretaña y Francia se mostraran, listos para ofrecer el tonelaje necesario a este objeto, pero no había ocurrido nada semejante. Ellas llevaban las negociaciones de manera dilatoria, dejando a los checoslovacos dentro de Rusia e incitándolos al mismo tiempo, clandestinamente, a una actitud cada vez más rebelde. La amenaza se volvió tan seria, que el gobierno de los Soviets resolvió exigir de los checoslovacos la entrega de sus armas. La contestación fué la revuelta checoslovaca.

En medio del país, casi completamente desarmado, las fuertes tropas checoslovacas que, ya en el trayecto del Asia Central hacia el Lejano Este, tomaron posesión de una gran parte del ferrocarril Siberiano, de algunos ramales y de las importantes ciudades de la región, podían sin dificultad hacerse dueños también de la región que se extiende de los Urales hasta el Asia Central. Aún en aquel momento nada hubiera amenazado a los checoslovacos, si hubieran consentido en retirarse pacíficamente del país. Los agresores

eran los checoslovacos. Contra esta sería rebelión, la Rusia de los Soviets tuvo que defenderse. Los checoslovacos en todas partes deponían a las autoridades del Soviet, apoyaban a las instituciones reaccionarias y se transformaban en el núcleo central de las fuerzas contrarrevolucionarias. De tal modo los checoslovacos alentaban la guerra civil en Rusia. En aquel momento la Gran Bretaña y sus aliados tomaron a los checoslovacos bajo su protección, declararon oficialmente que ellos consideraban a las tropas checoslovacas en Rusia como ejército aliado y advirtieron al gobierno ruso que toda medida tomada contra los checoslovacos sería considerada como un acto hostil contra los aliados. Aún entonces nada hubiera amenazado a los checoslovacos de consentir entrar en un acuerdo con el gobierno ruso. Pero, en cambio, se tornaron en el elemento más seriamente organizado en la combinación de fuerzas que trataba de derrocar al gobierno popular en Rusia. Los representantes militares de Francia en el ejército de los checoslovacos en Siberia se dirigían a éstos con manifiestos en los cuales el bolchevismo, es decir, la forma socialista popular del gobierno, era señalado como enemigo a quien los checoslovacos tenían que combatir.

La Gran Bretaña no hacía la guerra a Rusia con el fin de salvar a los checoslovacos. Ella se aprovechaba de éstos para preparar las hostilidades y después llevar a cabo una guerra cuyos propósitos deben buscarse en otra parte. Toda la región ocupada por los checoslovacos se convirtió en el escenario de orgías contrarrevolucionarias más desenfrenadas; decenas de miles de trabajadores llenaban las prisiones; diariamente ocurrían fusilamientos en masa, sin juicio. Los checoslovacos eran sólo un instrumento en la guerra contra el movimiento socialista. En conexión con los checoslovacos los diplomáticos de la Entente señalaban a Alemania como la presunta inspiradora de las medidas contra los checoslovacos. En realidad, en el momento cuando empezó la rebelión checoslovaca y los gobiernos de la Entente declararon a los checoslovacos ejército aliado, esta cuestión no había llamado todavía la atención del gobierno alemán. Era precisamente a consecuencia de los pasos tomados por los gobiernos de la Entente a favor de los checoslovacos y también por la importancia que le había dado la prensa de la Entente, que el gobierno alemán se había dirigido por primera vez al gobierno ruso para pedirle que tomara medidas eficientes contra el peligro checoslovaco. Las negociaciones entre los dos gobiernos se dilataban en varios meses y solamente en las notas cambiadas el 27 de Agosto de 1918 los pedidos de Alemania en esta cuestión recibieron una respuesta oficial en forma de promesa del gobierno ruso, de combatir con toda la energía a la rebelión checoslovaca. La opinión, pues, tantas veces emitida por la prensa británica que la crisis checoslovaca fué provocada por la presión germánica es contraria a la verdad.

La razón generalmente invocada para la guerra contra Rusia, era la dominación de Alemania en Rusia. La calumnia infantil referente a Lenin y Trotzky, como agentes alemanes se difundió obstinadamente por la prensa amarilla británica. Los documentos fraguados, llegados de América en Julio y Agosto, fueron perfectamente conocidos por nosotros durante el invierno anterior. Lo supimos por Lockhardt mismo, que falsificadores profesionales siñaban a la embajada británica y otras, con falsificaciones más absurdas, ofrecidas a bajo precio. Cuando uno de los principales agentes antibolsheviks, Mr. Sisson, habiendo completado una hornada de estas falsificaciones, las llevó a la Europa occidental, halló que ellos ya habían sido publicados en el «Petit Parisien». Los documentos fraguados publicados en América en Julio de 1918, fueron pronto reproducidos en Rusia y la torpeza de estas falsificaciones era tan absurda, que ellas podían provocar únicamente risa en el público ruso.

No puede haber mayor contradicción que la existente entre el bolshevismo ruso y la Alemania imperial. La mentira de que el bolshevismo era un puesto avanzado del imperio germánico, servía al gobierno británico como pretexto para combatir a los comunistas. El libro del capitán francés Sidou, miembro de la misión militar francesa en Rusia, recién publicado en Suiza, contiene pruebas suficientes del hecho que el gobierno ruso de los Soviets estuvo todo el tiempo buscando el modo de mantener re-

laciones amistosas con las potencias de la Entente y que el imperio alemán fué su más temible enemigo. Pero las potencias de la Entente exigían que Rusia se arrojara de nuevo en la guerra. Frente al enorme poderío militar del imperio alemán y con la desorganización de la defensa militar rusa aquello hubiera sido sencillamente una locura, hubiera traído, ciertamente, la ocupación de Rusia por Alemania.

En la situación que se encontraba Rusia entonces, la única política posible para el gobierno ruso, consistía en conseguir que lo dejaran a todo precio, por algún tiempo, en paz. En todas las conversaciones entre los miembros del gobierno ruso y los diplomáticos de la Entente, los primeros hacían ver que puede llegar un momento en que las circunstancias obligarán a Rusia a hacer de nuevo la guerra contra las potencias, que tratarán de subyugarla y que entonces esto haría coordinar su acción con la coalición opuesta, pero que entrar en la guerra en el mismo instante, importaría la destrucción indudable de Rusia. También llamaban ellos la atención acerca de que el resultado sería de enormes ventajas para Alemania, pues le serviría de pretexto para apoderarse igualmente de aquellas partes de la Rusia europea que han dejado intactas después del tratado de Brest-Litovsk. De hecho, todo aquel período, hasta principios de otoño, cuando el poder militar alemán empezó a tambalear, la amenaza de la invasión alemana era la espada de Damocles suspendida sobre la cabeza de Rusia. El avance, que estaba amenazando al mismo corazón de Rusia, de parte de los checoslovacos y de otros ejércitos de la Entente que desembarcaron en el suelo ruso habría dado al partido militar alemán el pretexto anhelado para marchar sobre Moscú y extinguir la última chispa de la independencia de Rusia. En realidad, el nuevo ejército ruso, que iba creándose el último año en la defensa contra los checoslovacos y la invasión de la Entente, estaba de tal modo defendiendo a Rusia contra una invasión alemana. Documentos secretos, que cayeron en nuestras manos, de los representantes de la Entente, demostraban que los partidos militares francés e inglés conscientemente tardían a este resultado. Ellos se habrían mostrado contentos sacrificando a toda la Rusia europea en favor de Alemania, con tal de hacer retirar algunos soldados alemanes del frente occidental. Antes que el militar, el punto de vista social iba triunfando, cada vez más. El bolshevismo, el socialismo, debía ser aplastado, lo mismo por el gobierno alemán, o por el de la Entente.

En la argumentación en pro de la guerra contra Rusia la idea de «libertar a los bolsheviks», es decir, del aplastamiento del socialismo para restablecer la sociedad de la Rusia europea, en aquel momento cada vez más, a la idea de considerar al bolshevismo como un puesto avanzado de la Alemania imperial. La idea del peligro bolshevikista, como peligro de carácter revolucionario, y la idea del peligro del bolshevismo como el presunto peligro imperialista alemán, son dos ideas irreconciliablemente opuestas. Fue a mediados del año último cuando la lucha de los obreros socialistas de Rusia contra las conspiraciones contrarrevolucionarias se hizo más intensa. Los elementos activos del viejo régimen, especialmente los antiguos oficiales zaristas, estaban en todas partes, fraguando complotos revolucionarios alrededor suyo a todos los elementos descontentos a todos los que se aprovechaban del capitalismo, a los usuarios de la campaña, etc. Una mano invisible ligaba las sublevaciones de Julio y Agosto, con los centros de la contrarrevolución en el sud, este o norte.

Desempeñaban el papel más activo en todas estas sublevaciones y conspiraciones los oficiales de la Entente. Particularmente, los oficiales franceses, participaban intensa pero clandestinamente en el juego, enrolando a polacos, serbios y yugoslavos, con el objeto de enviarlos a los frentes de combate con Rusia o para tomar parte en sublevaciones. A principios de Julio, la gran sublevación en Iaroslavl, la sublevación de los socialistas revolucionarios de la izquierda en Moscú, después del asesinato del conde de Mirba, la subiguiente sublevación de los socialistas revolucionarios en la frontera de la Ucrania, numerosas sublevaciones de menor importancia al norte de Moscú, la traición del comandante en jefe Muraviev en el este, todas ocurrieron casi simultáneamente y presentaban signos evidentes de un acuerdo previamente concertado. Efectivamente, se descubrieron relaciones se-

cretas entre los rebeldes y los representantes de la Entente. La sublevación en Iaroslavl fué preparada de acuerdo con los oficiales aliados. Aunque en aquella época Alemania de un lado y la Entente del otro, hacían sumos esfuerzos para combatirse mutuamente, comenzó sin embargo, entre ellos la gestación de una especie de inteligencia secreta contra el bolshevismo. En la región del Don actuaban el mercenario alemán Krasnow y el mercenario británico Alexéiev. Entre ellos existían relaciones íntimas y de ayuda mutua. Ambas partes favorecían aún el aumento de sus enemigos, más así reforzaba y crecía el movimiento antibolshevista. Alexéiev era considerado por la Entente como el jefe del antibolshevismo, es decir, de la contrarrevolución; e hilos secretos ligaban a todas las sublevaciones de aquel periodo con la organización encabezada por Alexéiev. Documentos secretos que han caído en nuestras manos, nos han demostrado que todos estos movimientos empujados en gran parte, financiados por la Entente. Importaba solamente, un acto de elemental autodefensa cuando, en estas condiciones, el gobierno ruso resolvió adoptar medidas contra los representantes de la Entente. En la segunda mitad de Julio los embajadores de la Entente fueron invitados a abandonar a Volóгда, en donde se esperaba una sublevación semejante a la de Iaroslavl. Ex oficiales zaristas estaban secretamente, concurriendo a Volóгда y se concentraban allí muchos oficiales polacos a sueldo de Francia. Los embajadores prefirieron salir de Rusia completamente. Durante el mes de Agosto las inscripciones de los representantes de la Entente, tomaron un incremento tal que tuvieron que adoptarse medidas rigurosas de arresto y de internación contra los oficiales de la Entente y los empleados de los consulados. Era la época de la famosa conspiración de Lockhardt. Por los letones, a quienes Lockhardt trataba de sobornar, conocimos todos los detalles de un plan secreto y vasto para llegar al derrumbamiento completo de nuestro sistema gubernativo. La carta de René Marchand sustraída durante un registro domiciliario y otros documentos y testimonios han revelado todos los demás planes de los conspiradores de la Entente, los atentados para hacer volar puentes ferroviarios y trenes con alimentos, destruir ferrocarriles y edificios, etc.

Así, pues, la Gran Bretaña estaba y está todavía haciendo una guerra violenta y sin escrúpulos con el objeto de destruir a la Rusia del pueblo libre. Se acompaña, concomitantemente a esta guerra, con una campaña en la prensa, igualmente sin escrúpulos, una campaña de falsedades y de calumnias. Uno de los principales temas de esta campaña es el llamado *terror rojo*, las medidas de energía autodefensa que la Rusia de los Soviets tuvo que adoptar en la lucha desesperada contra numerosas y poderosas fuerzas del capital derribado y de sus acólitos. Numerosos han sido los casos en que el avance del enemigo ha sido ayudado por estas fuerzas contrarrevolucionarias, los ex oficiales zaristas, los ex capitalistas, los usureros de la campaña. Con enemigos en aecho en cada esquina prontos a herir mortalmente por la espalda, la Rusia socialista se ve obligada a golpear sistemática y energicamente a estas fuerzas del interior, vinieran ellas de la Entente o fuera y que prefirieran la servidumbre del capitalismo extranjero a la libertad del socialismo. El llamado *terror rojo* era, solamente, un acto de elemental autodefensa. Ofrecía un ancho campo a las calumnias de la prensa extranjera amarilla. En realidad, nunca alcanzó las proporciones que se le atribuían en los cuentos fabricados por los enemigos. En la época en que los ex oficiales del ejército zarista constituían la fuerza más activa de la contrarrevolución, fueron llamados para ser registrados y algunos fueron internados. En Petrogrado 300 de ellos fueron internados; en otras ciudades, muy pocos. Nunca se efectuó una matanza en masa de ex oficiales. Un estallido de indignación contra los criminales contrarrevolucionarios tuvo lugar en toda Rusia después del asesinato de Uritski y el atentado contra Lenin, a los fines de Agosto. Fue entonces, cuando se decretaron las sentencias de muerte en masa, las únicas que han tenido lugar en Rusia; precisamente llegaron a 500 en Petrogrado. En Moscú las sentencias nunca fueron tan numerosas; hasta Agosto fueron hasta el extremo reducidas; después de Agosto, su número puede fácilmente fijarse, pues todas ellas se publicaron. Su total, en Moscú, no pasa de cien. En Petrogrado, después de las

500 ejecuciones, sólo hubieron pocos casos. Los enemigos de la Rusia socialista pintan cuadros fantásticos de fusilamientos en masa, efectuados todas las noches. Esto pertenece totalmente al dominio de la fábula. Las sentencias de muerte se pronuncian de acuerdo a formas legales. No hay ninguna comparación entre su número y las innumerables atrocidades perpetradas en la región ocupada por los aliados en el este y bajo el ejército de Denikin en el sur.

A la prensa amarilla le gusta pintar de manera muy exagerada el hambre. Los principales causantes de las difíciles condiciones alimenticias de Rusia son los invasores extranjeros que han interceptado la mayor parte de la Rusia surcoasta del camino de los graneros y depósitos de materias primas. Estas dificultades se advierten particularmente, en Moscú y en Petrogrado, debido a la deterioración de los transportes y a la falta de acceso a las fuentes de maña y de minas de carbón y, también, de la materia prima necesaria para la construcción de coches y locomotoras. En las provincias del sur y del este de la República Rusa de los Soviets, las condiciones alimenticias no son nada malas. Aún en las grandes ciudades los cuadros descriptos por la prensa amarilla de gente muerta de hambre arrancando la carne de los cadáveres de los caballos son absolutamente fantásticos. Entre las causas importantes de estas dificultades se cuenta la circunstancia que el campesino ruso, que bajo el viejo régimen tuvo que vender una gran parte de sus granos, los está ahora comiendo él mismo.

Lo que pasó en Ucrania, fué una guerra civil entre la burguesía ucraniana, incluyendo a los campesinos ricos, y representada por el directorio de Petlura y los trabajadores y las masas de los campesinos pobres, representados por el partido comunista y encabezados por el gobierno ucraniano de los Soviets. Los cosacos en el sur, la mejor fuerza de la intervención de la Entente, son solamente en parte enemigos del bolshevismo. Los cosacos ricos son propietarios de terrenos mucho más grandes que los cosacos pobres y que el resto de la población campesina de la misma región. La dominación de Krasnow y de la parte anti-bolshevista de los cosacos se basa, sobre el terror más violento que se pueda imaginar y sobre los fusilamientos continuos de los elementos adversarios.

En cuanto al ejército de la República Rusa de los Soviets, esbozado tan horriblemente en la prensa amarilla, es ahora, en realidad, un ejército popular, basado en el servicio general y la movilización de todas las clases de ciudadanos rusos en edad militar.

Su disciplina es excelente. Muchísimo se ha hecho en favor de la instrucción de los soldados del ejército rojo. Las organizaciones del partido comunista envían a sus mejores elementos para actuar como propagandistas y para cimentar al ejército rojo con fuerzas ideales; cada unidad tiene su club donde se discuten cuestiones políticas; compañías de cantantes y de artistas van a los frentes, donde organizan representaciones teatrales de Shakespeare, de dramas rusos, de óperas; dan conciertos; trenes especiales reparten de manifiestos de propaganda visitan los trenes. El comando del ejército está compuesto en parte por antiguos oficiales que se han adherido al nuevo régimen y, en parte, por los oficiales proletarios, sacados entre los trabajadores, que cursaron clases especiales para adiestrar a los oficiales del ejército rojo. En cuanto al absurdo del ejército rojo mandado por oficiales alemanes contiene su refutación en sí mismo por cuanto el ejército rojo con su altamente desarrollado espíritu revolucionario sería completamente incapaz de tener algo que hacer con los productos del viejo sistema militar alemán. El ejército rojo es una fuerza social popular en Rusia.

De manera, pues, que la causa es plena y acabadamente una causa social. Los soldados británicos tomados prisioneros que creían que iban a caer en manos de bárbaros, cuando veían que en realidad habían entrado en una sociedad de amigos de su clase, se dieron, en la mayoría de los casos, pronto cuenta de la verdad y se convirtieron en amigos nuestros. Toda realidad revolucionaria les abre los ojos en seguida. Para todos los soldados prisioneros de los diferentes países la realidad rusa ha sido la más gran escuela revolucionaria. En la guerra de clases entre la oligarquía de la Entente y el pueblo socialista ruso los trabajadores no tardan en definir sus simpatías.

Las persecuciones de los hebreos en Ucrania

Desde hace mucho tiempo los adversarios del bolshevismo han tenido ocasión de comprobar que allí donde el poder se halla en manos del Soviet no existen persecuciones contra los hebreos. Si el soldado rojo se permite maltratar a un hebreo, o a un musulmán, o a cualquier ciudadano, es fusilado sin piedad. Estos casos son rarísimos en la Rusia de los Soviets. La propaganda, la instrucción, han hecho que el anti-semitismo no exista más donde el poder es ejercido por los obreros y campesinos.

Pero donde llega al poder la reacción — un Denikin, un Pilsudski, un Petlura o un Koltchak — se inician los *progroms* y los masacres de hebreos. Es interesante señalar que a pesar de ello, la burguesía hebrea permanece siendo enemiga del bolshevismo. Esto se explica por el hecho que en todas partes las víctimas de los *progroms* son, casi siempre, los proletarios y la pequeña burguesía hebrea. Solamente después de la caída del Directorio ucraniano de Vinicencó, el partido obrero hebreo (Bund) adhirió en su mayoría al comunismo. El hombre más representativo del movimiento obrero hebreo del Bund en Ucrania, el compañero Raffes, tomó parte activa en el gobierno de los Soviets de Ucrania.

Pero los jefes del Bund, como Liber, Abramovic, etc., son los más encarnizados enemigos del bolshevismo. Liber, por ejemplo, forma parte del grupo llamado socialista activista, que participó en la Conferencia de Jassy junto con todos los jefes de la contrarrevolución rusa. Para él el bolshevismo es el enemigo más grande.

El proletariado hebreo organizado en Rusia, en su mayoría, se adhirió a la tendencia comunista. También el partido obrero nacionalista hebreo (*poale-zion*) adhería, en todas partes, al bolshevismo. La pequeña burguesía hebrea es, en cambio, enemiga, a pesar que en los países donde la población hebrea es numerosa (en Lituania, Rusia Blanca y Ucrania) los Soviets no han nacionalizado al pequeño comercio. Es de imaginarse la hostilidad de la gran burguesía hebrea, que sufre el mismo tratamiento que la burguesía rusa (confiscación de los bienes, etc.). Como el régimen de los Soviets combatió con todos los medios la especulación la carestía, etc., el pequeño comerciante hebreo, especulador por excelencia, y obstaculizado en su negocio, cundió el descontento contra el gobierno bolshevik. No obstante, concluyen por adaptarse al *emal* menor frente al delicioso tratamiento que le proporciona un Denikin o un Petlura.

La leyenda que la mayoría de los jefes del movimiento bolshevik son hebreos hace tiempo se ha esfumado. En realidad, el porcentaje de hebreos en el movimiento comunista es muy bajo. Se puede decir que casi todos los jefes del partido menshevik, contrarios al bolshevik, son hebreos (Axelrod Martoff, Dan, etc.). De todos modos la Rusia de los Soviets es la única de las repúblicas rusas, en la que verdaderamente todas las nacionalidades gozan plena libertad política y cultural, de lengua, escuela, etc. Todos los hombres que producen en la república roja son iguales. Las violencias usadas por los polacos contra los hebreos, tienen su explicación por esos agentes de los ucranianos demócratas del tipo Petlura, cuyos representantes — un de este aventurero y bandido — han participado, también, en el Congreso Socialista (?) de Lucerna.

Por lo que refieren los sobrevivientes de los sangrientos *progroms* es muy poco en comparación a la terrible verdad sobre los estragos de hebreos afectados en Ucrania. Es de señalarse cómo de estos hechos la burguesía hebrea — tan bien representada en todos los gobiernos y parlamentos europeos — no se deja impresionar tanto, que ninguna interpelación ha sido formulada en ningún Parlamento. También un gran

capitalista americano, Morgenthan, ex-embajador en Constantinopla, hebreo él mismo, enviado a Polonia a levantar una investigación, comenzó diciendo que los relatos de *progroms* en Polonia han sido demasiado exagerados y lanzó un llamado a los hebreos de Minsk para «permanecer tranquilos cuando los soldados polacos entren en la ciudad y no prestar ninguna ayuda a los bolsheviks». Este representante del capital americano con un manifiesto semejante agravaba la situación, puesto que reforzaba la sospecha en contra la población hebrea, puesto que los soldados polacos — mostraban irritados afirmando que los hebreos prestaban siempre ayuda a los bolsheviks. Se comprende que desde hoy un Morgenthan, o cualquier otro especulador americano hebreo, encuentren exageradas todas las noticias acerca de los *progroms*, puesto que tienen intereses materiales demasiado grandes en Polonia, para querer ponerse en conflicto con la banda que ejerce el poder.

Y ahora los hechos.

El presidente del comité de socorro de Kieff, abogado Goldstein, ha hecho la siguiente relación:

Según el relato recibido los *progroms* se han efectuado a centenares. Solamente el comité de Socorro ha examinado 60 casos. Se hallaron cerca de cuarenta mil asesinados. Con los heridos y los maltratados las víctimas pasan de cien mil. Millares de mujeres hebreas han sido violadas. El daño material es de mil millones.

En Elisabetrag, — El 10 de Mayo el famoso Atamam Grigoriefi ha publicado un manifiesto que comenzaba así: «Han llegado a Ucrania esos que son todo uno con los orcos de Moscú, del país donde fuera crucificado Cristo». El *progrom* se inició el 15 de Mayo. Todas las casas, todo lo perteneciente a los hebreos, ha sido requisado o destruido. Los 15,000 hebreos de la ciudad han sufrido el *progrom*.

Los muertos y heridos llegan a dos mil. Los daños materiales aumentan a centenares de millones. La población hebrea está privada de todo.

Rosovo. — Veintiseis personas han sido masacradas. Un hebreo fué torturado del siguiente modo: con la bayoneta en la garganta lo agarraron, se desvaneció, a penas vuelto en sí lo colocaron boca abajo y le obligaron a masticar la tierra en presencia de la mujer y del suegro. Después de esto los *haidamachi* (soldados ucranianos de Petlura) violaron la mujer en presencia de su padre, del marido y del hijo y porque éste último rompió a llorar, le hicieron saltar los sesos con un tiro de revólver. Una vieja de 74 años ha sido despedazada.

Pilistina. — Cuando los *seceevichi* (regimientos ucranianos-galipolianos) entraron en el país, los hebreos decidieron el ayuno. Inmediatamente después comenzó el *progrom*. De noche los soldados ebrios, obligaban a los hebreos a servirlos, y luego los masacraban. El *etman* (comandante) obsequió a los soldados con el siguiente discurso: «Los hebreos quieren conquistar a Ucrania. Por esto los hemos masacrado en Proscurov y los masacraremos aquí, sin piedad!». Luego se empujaron a violentar a las mujeres. Los niños han sido decapitados con lanzas. Un médico y un farmacéutico hebreos fueron lentamente torturados. Por último, los soldados prendieron fuego a la ciudad, en medio de atrocidades inauditas. Mientras un viejo hebreo, mortalmente herido, yacía sobre el pavimento, algunos cerdos se aproximaban para devorarlo. Carecía de fuerzas para defenderse; los soldados asistían impávidos sin socorrerle, a esta devoración por sus animales.

Ovrutch. — Era jefe del ejército de Petlura el *etman* Korsir-Sirko. Los *kaidamanci* han comenzado el *progrom* tomando por rehén a diez jóvenes hebreos que fueron violentados. Entonces, una delegación he-

brea solicitó del etmam que tuviera piedad. Syrko respondió: «¿Por qué han venido los viejos? ¡Enviadme hombres de 15 a 40 años!».

Todos fueron presa del pánico. No obstante la población hebrea se reunió en la plaza y gritó: «¡Viva Ucrania!».

Entonces el etmam solicitó de los hebreos el envío de los bolsheviks. Durante la noche Syrko, comenzó a maltratar a los hebreos que había llamado, y mientras estaba en cama, obligó a los hebreos a colocarse en la cabeza sombreros de payasos y bailar y cantar. Y estos bailaban, cantaban, y, al mismo tiempo, lloraban.

El 16 de Enero una delegación compuesta por el presidente y 20 miembros de la sociedad hebrea, se personó al etmam. Los kaidamak (soldados ucranianos) a golpes de «nagaika» (látigo de plomo), obligaron a los hebreos a bailar. Después los delegados fueron asesinados a golpes de bayonetas.

El abogado Goldstein dice que todos los programas son organizados por soldados ucranianos y que es imposible defenderse. Los campesinos no toman parte en los programas.

Relación de Grossmann y Koralik

Según esta relación de noviembre de 1918 hasta Agosto de 1919 los programas menudearon. Los efectúan los soldados y participa en ellos solo una pequeña parte de la población civil.

La Social-democracia, instrumento de reacción

Cuanto más fuerte es la social democracia en un país, tanto peor para el proletariado. Desde ahora esto se puede establecer como axioma. En circunstancias análogas indudablemente es así. ¿Por qué la revolución proletaria pena por surgir en Alemania? ¿Por qué el proletariado llega al poder poco a poco al precio de arroyos de sangre obrera? ¿Por qué los comunistas encuentran en este país tantas dificultades?

La respuesta es fácil. Sobre todo porque en Alemania la vieja social democracia oficial se ha aliado completamente a la burguesía.

La vieja social democracia se transformó en instrumento de reacción. Esta no es una frase de polémica, ni una exageración, es una verdad objetiva, científica, por decirlo así.

Los círculos más ilustrados de la burguesía lo han comprendido desde hace mucho tiempo. La burguesía alemana lo ha comprendido particularmente, sobre todo, la burguesía de la campaña, donde la lucha de clases se presenta especialmente animada en el último período de la historia actual.

Durante los primeros meses de la guerra, la burguesía alemana estaba perfectamente compensada que la social democracia alemana constituya su principal apoyo y permaneciera siéndolo. Los ideólogos de la burguesía alemana se dieron perfectamente cuenta que la idea del socialismo ganaba y debía ganar inevitablemente a los círculos, cada vez más vastos, del proletariado alemán. Los jefes de la burguesía alemana concluyeron que no podían encontrar mejores agentes que los de la social democracia alemana, que defiende a la burguesía bajo la bandera del socialismo.

En Abril de 1915, apareció en la revista: «Prussische Jahrbücher» un artículo sugerente: «La social democracia y la guerra mundial». Publica dicha revista, como es notorio, el célebre profesor Delbrück, y es una columna de la reacción burguesa. Es una revista de la burguesía alemana conservadora «liberal». Los colaboradores de esta revista fueran y son de los ideólogos más perspicaces de la burguesía alemana. En Abril de 1915, dicha revista exaltó su social democracia y declaró abiertamente que esta social democracia — precisamente para domar con

Los organizadores de los programas son siempre, los soldados de Petlura y Gregorief. Los oficiales pertenecen casi siempre, a las famosas asociaciones reaccionarias de los «Cien Negros».

En este largo período hubieron tres series de programas; el primero de noviembre de 1918 a enero de 1919: Gitomir, Ovrut, etc.; el segundo, de febrero a abril de 1919, con los terribles masacres de Proscurov, donde el coronel Simonenko, personalmente, organizó el programa de Filistina y otros. No lejos de Kieff hundieron a un buque con 300 hebreos. El tercero, de abril a agosto, el más terrible: en Tserkassy, Elisabethgrad, Trostinez y otros puntos.

Después de la toma de Trostinez, todos los hebreos mayores de 12 años fueron encerrados en el municipio y masacrados. Hubo más de 400 muertos. Desde el 20 de mayo se efectuaron nuevos programas en Kitagorood, Kananats-Predolsk, Ourinine, Habidievka, Balta, etc.

Demanda extenso sería recordar todos los horrores sufridos por esta pobre población. Lo mismo acontece actualmente en Hungría, donde la reacción burguesa, con el consentimiento de la Entente, patrocinó el baile del «cerdo triunfante».

Solamente el proletariado europeo puede ayudar eficazmente a esta gente que sufre pero que no desespera.

C. N.

(De la revista italiana Comunismo).

éxito a los obreros — debía a toda costa conservar su tinte radical.

«Nosotros» no necesitamos que la social democracia alemana declare abiertamente lo que ella es, o sea un partido de reformas burguesas, un partido antisocialista. Al contrario, «nosotros» necesitamos — dice el artículo citado — que la social democracia conserve a toda costa su apariencia, sin la cual, ella no podría interpretar bien su papel de agente nuestro.

«Ella (la social democracia alemana), debe conservar el carácter de un partido obrero con ideales socialistas. Porque el día en que ella pierda este carácter, un nuevo partido nacerá, el cual se apropiará el programa que el viejo habría renegado, dando a este programa una forma todavía más radical». He aquí lo que escribía el autor del artículo citado en la revista de Delbrück (páginas 305-1).

La social democracia oficial debe forzosamente conservar su apariencia radical, de lo contrario ella sería reemplazada por un partido que absorbería a las masas.

«Nosotros, Delbrück de todos los países, tenemos necesidad de la social democracia como una bandera para atraer a los obreros. Nuestros agentes, nuestros instrumentos, deben indudablemente involucrarse en la toga de los socialistas. Solamente entonces podrán asegurar la influencia de la burguesía sobre las masas: sin ello los obreros no le acordarían ninguna confianza». Es con tan abiertos cínicos que los jefes de la burguesía alemana plantearon la cuestión.

Desde entonces, mucha agua ha corrido y mucha sangre también. El movimiento obrero se encuentra en otro estado de desarrollo. La revolución proletaria en Rusia ha triunfado, y en Alemania se encuentra en camino de triunfar. Lo único que no ha variado, es la función reaccionaria de la social democracia oficial. Ella ha permanecido fiel a sí misma. Las relaciones de los jefes de la burguesía con la social democracia oficial han cambiado.

En 1915, cuando fué escrito el artículo mencionado, Scheidemann y sus colegas se encontraban formalmente en el Reichstag noble burgués, en los rangos de la oposición «irreconciliable», pero en 1919, el partido de Scheidemann está en el gobierno, y el mismo es primer ministro, y Ale-

mania oficialmente es proclamada República «socialista». No obstante lo cual, la burguesía deposita, como antes, todas sus esperanzas, precisamente en Scheidemann y su partido.

En el órgano central de la social democracia alemana, en el «Vorwärts» del 24 de Abril de 1919 apareció un artículo notable «Vielent Consulés» — una advertencia de la última hora. El autor de este artículo no es un simple mortal, sino que es el barón Karl Schenck de Schweinsberg. No se trata propiamente de un artículo, sino de un manifiesto de toda la burguesía alemana. Se lee lo siguiente:

«Si se quiere preservar al pueblo alemán el poder a los Consejos, se necesita constituir un sistema de consejo claro y razonable que marche al flanco de la Asamblea Nacional, como segunda cámara y que represente en todas las cuestiones el interés del proletariado.» Así no sólo se restablecería el equilibrio, sino que se llegaría quizás a la preponderancia de los partidos burgueses.

Y el ilustre autor termina su manifiesto con estas palabras:

«En substancia, se deduce de lo que antecede, que el comunismo puede ser combatido donde se exporte al mismo socialismo y materias primas y siempre que en el interior del país se instale un gobierno puramente socialista, que introduzca de inmediato la constitución de los Consejos como segunda cámara y al flanco de la Asamblea Nacional».

No se puede expresar más claramente. Un gobierno «puramente socialista», significa naturalmente para el barón Karl Schenck de Schweinsberg, un gobierno de la social democracia del tipo Scheidemann. Por boca de este candidato burgués, la burguesía alemana, toda entera, nos declara que ella, la Alemania de hoy, donde la guerra civil hace estragos, no puede salvar su poder si no mediante el sostenimiento de un gobierno social democrata «puramente socialista».

En otro ambiente y en otras circunstancias, la burguesía deposita la misma confianza en la social democracia oficial como lo hiciera durante los años 1914-1918. Tiene perfecta razón. Para salvarla de la ruina o por lo menos para retardar esta ruina, se precisa necesariamente, un partido que disponga de la confianza de algunos obreros reaccionarios. Este partido es la social democracia oficial. Luchar contra la vieja social democracia de la corona, quiere decir — en las actuales circunstancias — luchar contra la burguesía.

Lo dicho más arriba, con respecto a la social democracia burguesa, no se aplica solamente, a la fracción llamada mayoritaria. En substancia, se refiere incontestablemente a los jefes de la social democracia «independientes», al «centro» llamado socialista, sea en Alemania como en Francia.

Tenemos bajo nuestros ojos un folleto de uno de los jefes de los más conocidos del centro, de Kautsky. Este folleto lleva por título: «Los problemas de la revolución proletaria», y contiene algunos artículos del programa de este célebre teórico de los socialistas independientes de todos los países. Levando este folleto, se ve distintamente por qué el barón Schenck y todos sus amigos depositan todas sus esperanzas en la social democracia.

A principio de 1919, Kautsky publicó todo un programa de reformas socialistas. Este programa comienza con estas palabras:

«El 9 de Noviembre de 1918 el proletariado alemán obtuvo la supremacía política».

¿Se puede figurar una mentira más enorme que la contenida en estas pocas palabras? A principio de 1919 solamente un ciego podía no ver que en Alemania la burguesía disponía del tison del gobierno y se apoyaba sobre sus agentes, los social democratas oficiales.

A fines de Diciembre de 1918, el mismo Kautsky escribía otro artículo: «Abandono de la revolución».

«La aristocracia de la guerra que se oponía a todo progreso ha caído, pero el antiguo aparato de administración y dirección funciona siempre en el seno del imperio y de la armada».

Kautsky observa que todos los antiguos funcionarios han permanecido en sus puestos y que el aparato del go-

bierno continúa encontrándose en manos de las clases administradas. Pero Kautsky es precisamente un lacayo de la burguesía alemana cuando establece en principio «científicamente» la necesidad del mantenimiento del antiguo aparato burocrático de la burguesía. Kautsky escribe: «Era necesario elegir: o destruir este aparato de un golpe e inmediatamente (1) la desmovilización, la actividad administrativa y toda (1) la vida pública, o mantenerlo, para mantener al mismo tiempo la base del viejo régimen, que nos ha conducido al abismo, invitando a la revolución a un cambio momentáneo de las partes. En este caso desesperado, los Consejos de obreros y soldados nos han ayudado gracias al control que ejercían sobre el antiguo aparato del Estado, el cual logró continuar y funcionar, sin provocar una contrarrevolución».

El sentido de esta larga y embrollada disertación es claro:

«Nosotros no podemos barrar a los funcionarios y a los burócratas de la burguesía. El aparato gubernativo todo entero debe permanecer en las mismas manos, de lo contrario, — ¡y qué se piensa! — no se podría efectuar la desmovilización y la vida pública toda entera (1) sería conmovida. Lo cual implicaría casi el fin del mundo. Y por eso no se tocarán las bases del viejo régimen, y los Consejos de los obreros y de soldados no servirán al viejo aparato más que como hojas de parra. Se consolarán las masas obreras alemanas haciéndoles señalar que los Consejos serán autorizados para ejercer un control sobre el viejo aparato. Se podrá engañar a los obreros con promesas sestionadoras, diciéndoles que el proletariado alemán ha adquirido el poder político el 9 de Noviembre de 1918. ¡No se puede ir más allá para servir a la burguesía!...»

Las masas obreras de Alemania reclaman la socialización inmediata de las principales ramas de explotación. Abandonada a ella misma, la burguesía no podría oponer ninguna resistencia sería a la presión de las masas obreras. Pero, qué deben hacer los social democratas «independientes» y «dependientes» si no sostener a la burguesía en los casos difíciles?

Karl Kautsky, el jefe de los «independientes», propone en el programa de reformas sociales ya citado, pagar en todos los casos, la indemnización a los capitalistas, si se efectúa la socialización. La expropiación de las oficinas socializadas debe realizarse por medio de una compra y no de confiscación. Razones de justicia (1) lo exigen, porque la confiscación heriría a los capitalistas privados y no a toda la clase, no solamente a los capitalistas, sino también a los pequeños propietarios.

No se sabe lo qué admirar más, si la ingenuidad o el cinismo. Un niño comprendería que nosotros tenemos su existencia a los pequeños propietarios y los aseguramos su existencia de uno u otro modo útil al Estado. Un simple obrero comprenderá que la confiscación hiere precisamente a la clase de los capitalistas y no a algunos capitalistas.

Pero continuad escuchando. Admitiendo que la socialización tenga lugar conforme a los principios de la «compra equitativa» (pensemos en el «reclutamiento equitativo» de los cadetes), ¿quién administrará la industria socializada? ¿Crés que los obreros? ¡Ojalá así fuera! En cambio, el jefe de los socialistas «independientes», Kautsky, propone el siguiente programa:

«La administración de los sindicatos será compuesta por un cuarto de representantes de los empresarios, por un cuarto de representantes de los Consejos de los diputados obreros, por un cuarto de consumidores organizados por este ramo de la industria, sea de industriales — si esta rama fabrica medios de producción — y por representantes de cooperativas de consumo y de las comunas — si produce objetos de consumo. Otra cuarta parte será compuesta por representantes del Estado, quienes expresarán los intereses de todos».

Debo en lengua pobre, esto significaría que en el estado actual de las fuerzas de coordinación en Alemania, la administración de la industria socializada se encontraría, por lo menos la mitad, si no las tres cuartas partes, no en manos de los obreros, sino en manos de la burguesía y de sus servidores. ¿En el estado actual de cosas, la burguesía podría encontrar un mantenedor mejor que Kautsky?

De la misma manera, en todas las cuestiones, Kautsky defiende precisamente el programa de la burguesía y jamás el de los trabajadores.

Tomemos por ejemplo, la cuestión de la anulación de los empréstitos de guerra. Todo trabajador honesto comprenderá que, sin anular los préstamos, hechos por las clases dirigentes para alimentar a la carnicería de estos cinco años, no llegará a pagar sus deudas, a librarse de las tasas y a desvincularse de las unas rapaces del hambre. Naturalmente, la burguesía piensa diversamente; encuentra que en una «sociedad que se respete», es un hábito común el pagar las deudas. Ella encuentra que precisamente los obreros están para hacerse asesinar antes a millones sobre los campos de batalla, en interés de los banqueros, y luego — terminada la carnicería — pagar durante 50 años las deudas contraídas a fin de proseguir la carnicería. ¿Qué dice Kautsky, el eminente teórico de los «independientes» acerca de este ardiente cuestión?

«Las mismas razones que hablan en favor de la compra, hablan también contra la anulación de los préstamos de guerra. Además de las razones de justicia (1), se debe señalar que la producción capitalista «ejercerá todavía, una parte preponderante mientras no llegue la completa nacionalización. Además, nosotros estamos circundados de países capitalistas, necesitamos productos y materias primas que momentáneamente no podemos obtener más que con préstamos. La solidez del crédito es, pues, una condición esencial de nuestra vida económica.»

¿De qué otra cosa necesita la burguesía de Kautsky? El ha probado la necesidad de pagar los empréstitos de guerra, de absorber hasta la médula de los obreros, no sólo «científicamente», sino también, moralmente, alegando los intereses de la «justicia». La solidez del crédito en una república socialista es a lo que tiende Kautsky...

Pero todavía esto no basta. La obra que la burguesía persigue en el momento actual es la de excitar a las masas populares contra los comunistas. Son tratados como bandidos y asesinos. No existe ninguna vil calumnia que la burguesía no haya empleado para hacer la caza de los comunistas. En el momento en que los imperialistas de la Entente imponen una miserable paz de violencia, es natural que las grandes masas populares alemanas alimenten por los gobiernos de los países de la Entente, un odio particularmente intenso. Comparar a alguien con los gobiernos de la Entente, quiere decir compararlo al enemigo más detestable del pueblo alemán. Y, ved, al señor Kautsky cómo en su celo de lechazo — ha caído tan bajo que el compara precisamente a los comunistas alemanes a los gobiernos de los países de la Entente!

En el artículo mencionado «Examen profundo de la revolución» Kautsky escribe: «Los gobiernos vencedores son precisamente (?) sucesores de la violencia como los espartaquistas. La victoria de estos últimos en Alemania significaría, precisamente, la reanudación de la guerra contra las potencias de la Entente. Lenin ha prometido para este objeto tres millones de hombres y abundantes provisiones de víveres, sin decirnos dónde se encuentran estos ejércitos y estos recursos en Rusia.»

Quien lee estas palabras infames, convendrá con nosotros

que no solamente Kautsky ha renunciado a la idea del socialismo revolucionario, sino que él no es más que un impositor, un perro de guardia de la burguesía. Un hombre que ha podido persuadirse de la profundidad de semejantes villanías ha caído al mismo nivel que el renegado Leo Tichomirov, uno de los famosos terroristas rusos pasado al servicio de las fuerzas reaccionarias zaristas, director del diario reaccionario «Moskrowski Wicdonostsi», cuando volvió las espaldas a los revolucionarios y se puso al servicio de la ortodoxia y de la aristocracia.

Entendido, vosotros hallaréis en Kautsky un millón de pretextos.

El os relataré que por una parte el centro marxista suaviaría a los indecisos al mismo tiempo que provocaría la crítica entre los de confianza, pero que por otra parte atacará con frenesí a los ignorantes y a los refractarios. Os describirá el idilio de una «unidad» en cuyo seno un partido dirigirá una lucha de ideas, pero que esta lucha no dispondrá la unidad del frente proletario si se llegara al resultado de que los miembros de la izquierda estimularan a los de la derecha, y que los miembros de la derecha impedirán a los de la izquierda realizar gestos desesperados?»

Pero esto no es más que cháchara inútil, buena para consolar a las viejas mujeres del partido «independientes». En suma, Kautsky está de acuerdo con Scheidemann. En el artículo «Examen profundo de la revolución», él lo reconoce: «en esta interpretación profunda de la revolución, nosotros estamos de acuerdo con los socialistas mayoritarios... nosotros nos encontramos todos (comprendido al verdadero Noske) sobre el mismo terreno del marxismo». Nosotros felicitamos al señor Kautsky!

Bajo algunas relaciones, los «independientes» actualmente han cambiado su actitud. Se dan el aire de querer ir a la izquierda! Conceder la propia confianza a Kautsky o a sus amigos es lo mismo que concederla a Azew y a Tichomirov.

Nosotros estamos reojigados al ver a nuestros compañeros, los comunistas alemanes, apreciar la situación como nosotros. En un artículo escrito por uno de los comunistas alemanes más influyentes, nosotros hemos leído en estos días que los comunistas alemanes están absolutamente dispuestos — si esto es necesario — a luchar con las armas en la mano contra el gobierno eventual de los «independientes». Esto quiere decir que los obreros alemanes tienen conciencia de su deber.

En todos los países y en todas sus ramificaciones, la social democracia oficial, — incluso los «independientes» — se ha transformado en instrumento de la reacción burguesa imperialista. Es necesario arrancar a la burguesía este último instrumento: es necesario despedazarlo, destruirlo! Entonces, el último asalto que quedará por realizar a la fortaleza de la burguesía no será ya difícil...

G. ZINOWIEFF.

Presidente de la III Internacional

Una velada en la Opera

He leído en un diario, que un miembro de la Comisión Americana, en Berlín, daba como hecho concluyente de que los alemanes no podían tener hambre por la locura con que se entregaban a los teatros y espectáculos. No se puede dudar que el pueblo de Moscú no sufre de hambre, y sin embargo, los teatros están llenos.

El pedido de localidades es tal, que los especuladores compran las entradas de una manera licita para revenderlas fraudulentamente en las puertas del teatro, a las personas que no han podido conseguirlas, y exigen el doble de su valor o más. El amor al teatro, que siempre ha sido grande en Moscú, me parece que más bien ha aumentado que disminuido. Existe una escuela de producción teatral, con cursos sobre todo aquello que puede concernir a la mise en scene, comenzando por la fabricación de decoraciones. Un boletín de los espectáculos aparece tres veces

por semana, conteniendo los programas de todos los teatros, y, ocasionalmente, artículos sobre los objetos de los teatros. Se me había dicho en Estocolmo, que los teatros de Moscú estaban cerrados. Se encontrará a continuación una lista incompleta de los espectáculos dados en los diferentes teatros; los días 13 y 14 de Febrero, tomados del Boletín de esa fecha. Lo mismo que sería interesante saber lo que se daba al público francés, en la época de la revolución, creo que vale la pena notar el género de diversión que goza actualmente del favor popular en Moscú:

Opera de Gran Teatro. — Sadko, de Rimski-Korsakov, y Samson y Dalila, de Saint-Saens.

Pequeño Teatro del Estado. — Bechlena Desigi (Sueños locos), de Ostrovski, y Starik (El Viejo), de Gorki.

Teatro Artístico de Moscú. — El Grillo del Hogar, de

Dickens, y La Muerte de Pazuokhine, de Saltykor-Shtchedrine.

El Palacio del Pueblo. — Doubrovski, de Napravnik, y Demonio, de Rullinstein.

Teatro Zamoskoretzki. — Grossa (La Tempestad), de Ostrovski, y Mestichane (Los Burgueses), de Gorki.

Teatro Popular. — El Milagro de San Antonio, de Maerterlinck.

Teatro Kommissarskaja. — Una Navidad, de Dickens, y El Príncipe Maldito, de Remizov.

Teatro Korch. — Mucho ruido por nada, de Shakespeare; y El Misántropo y Jorge Dandin, de Molière.

Teatro Dramático. — Alejandro I, de Merejkovski.

Teatro del Drama y de la Comedia. — La pequeña Durri, de Dickens y El Barbero del Rey, de Lunacharski.

Además, en los otros teatros representan K. R. (Konstantin Romanoff), Ostrovski, Potapenko, Vinitchenko, etc. Los dos «Studios» del Teatro de Moscú representan Rosmersholm y todo un repertorio de pequeñas piezas. Estas compañías, lo mismo que las del Teatro Artístico, representaban algunas veces en los teatros suburbanos cuando sus escenarios estaban ocupados por otros actores.

Voy al Gran Teatro a ver Samson y Dalila, de Saint-Saens. Tengo una localidad, más arriba de la orquesta, en un palco, de donde puedo ver además lo mismo la sala que la escena. En verdad, veo mucho mejor la sala que la escena. Pero es esto lo que yo deseo, por ser la sala lo que vengo a ver.

Esta ha cambiado mucho, ciertamente, desde el periodo pre-revolucionario. La platería moscovita de comerciantes de cráneo calvo y sus gruesas mujeres cubiertas de joyas han desaparecido totalmente. Y con ello han desaparecido los trajes de soirée y las camisas almidonadas.

Toda la sala ofrece a los ojos la monotonía de los vestidos de todos los días. La única nota alegre es dada por un pequeño grupo de mujeres tártaras sentadas en el balcón, la cabeza y las espaldas cubiertas de ciales, según la moda tártara. Hay muchos soldados y numerosos hombres que evidentemente habían venido directamente de sus trabajos. No hay más, ni malas tricotas de lana gris y oscuras, y los espectadores llevan gabanes de todo género y de toda edad, pues hace mucho frío en la sala.

Esto es debido naturalmente a la falta de combustible, lo que podrá a la larga forzar a los teatros a cerrar provisoriamente sus puertas si la electricidad faltara). Los músicos de la orquesta están igualmente vestidos con trajes disparejados. La mayor parte de ellos, evidentemente han formado parte del cuerpo de músicos regimenteros durante la guerra; llevan sus tunicas kaki y verde, con pantalones y los calzones de colores muy variados. Otros visten los trajes de todos los días. Sólo el jefe de orquesta lleva una levita y tiene el aire de un espécimen de otra edad: tanto contrasta su elegancia con los trapos de los

hombres de su orquesta y del público que está detrás de él.

Miro cuidadosamente qué clase de público se encuentra en las sillas de la orquesta bajo el nuevo regimén, y luego a la conclusión que el carácter de la sala ha mudado de las galerías al patio del teatro. Las mismas gentes que antes ganaban penosamente algunos kopecks y que hacían cola por tener una buena localidad en la cazuela ocupan las localidades que hasta hace poco ocupaban aquellos que acababan de digerir sus comidas.

Los miro uno tras otro, esta noche, y pienso que son bien pocos los que tienen una buena comida para digerir. Pero en cuanto a la atención que ellos prestan al espectáculo, me imagino que existen pocos auditorios ante los cuales les sería más agradable a los actores, trabajar. Los aplausos, como los juicios, descienden de las galerías. A la representación misma, tengo poca cosa que decir, fuera de que, los vestidos andrajosos y los egómogos velos no parecen, de ningún modo, impresionar desfavorablemente a los músicos y actores. Helzer, la bailarina, baila tan bien delante de este público, como delante de los burgueses.

Levantando el cuello de mi capa, me digo que los actores bien merecen ser aplaudidos por el heroísmo de que dan prueba, representando con un frío semejante. Por momentos, en el curso de la velada, tengo conciencia mejor que nunca del lado irreal de la ópera, sin duda a causa del contraste que hay entre la magnificencia de la escena y este público inteligente vestido con andrajos. Pero en otros momentos, me parece que el público y la escena no forman si no un todo indivisible. Pues Samson y Dalila es un poema revolucionario por sí mismo y gana mucho al ser representado por los actores, cada uno de los cuales ha visto en la vida real cosas semejantes; Samson empuja a los israelitas a la revuelta; esto me recuerda mucho las escenas de Petrogrado en 1917, y cuando al final él hace desplomar el templo en ruinas sobre sus enemigos triunfantes, yo me recuerdo de aquellas palabras de Trotzky: «Si finalmente nosotros somos obligados a irnos, cerraremos la puerta tras de nosotros de tal manera que su ego será escuchado en el mundo entero!»

Volví a casa, después de la representación, no encontré un solo hombre armado. Hace un año las calles, después de las 10, estaban vacías; no se encontraba más que aquellos a quienes como yo, tenían un trabajo que les obligaba a salir tarde para dirigirse a las reuniones. Aparte de los guardias militares, reunidos alrededor del fuego de la madera, las calles estaban habitualmente desiertas. Actualmente se encuentran llenas de transeúntes que vuelven del teatro y que no hace doce meses no osaban aventurarse en las calles de Moscú apenas caída la noche.

Ya no se trata más de ello. Las gentes comienzan a instalarse en la Revolución y piensan actualmente, antes que en nada, en esta vieja cuestión: «¿Durará aún una semana o dos?»

Una pieza de Tchekhov

21 de Febrero de 1919.

He visto «El tío Vania» de Tchekhov, representada por la compañía del Teatro Artístico, en el primer «Studio». Este es un pequeño teatro que contiene, a lo sumo, 200 asientos. El teatro está lleno. Es curioso ver cómo la revolución ha sido completada del punto de vista social. Es imposible decir a qué clase social han pertenecido antes de la Revolución cada uno de los espectadores. He sido sorprendido por la novedad de la elegancia de los jóvenes oficiales del «Ejército Rojo», que se hallaban en bastante número. Mientras se levanta el telón, observo el cambio que se ha efectuado en la disposición mental de las gentes. Hace un año nuestras pasiones por las alternativas de exaltación y desesperación, vivían como sobre un volcán que podía hacer irrupción en cualquier momento y sumergir a la vida nueva, antes que alguno de nosotros a ellas se hubiera habituado. Actualmente, el peligro que ame-

naza a la Revolución se encuentra a millares de leguas de distancia, sobre los diversos frentes. Aquí, atrás, la Revolución es un hecho cumplido. Se ha cesado de preguntar cuando terminará; la gente ha encontrado su sitio en el nuevo orden social, y goza de los placeres, no como si ellos hubieran cogido de paso alguna flor sobre el camino del patibulo, sino como si ese placer formara parte de la marcha ordinaria de su vida.

La pieza es bien conocida. Se trata de un drama de la sociedad burguesa, desarrollado en una pequeña localidad de provincia. Se ve a un pequeño propietario rural que economiza todo lo que puede a favor de un hermano primogénito que habita la ciudad, hasta que se da cuenta que ese hermano no es digno de tal sacrificio; un doctor dedicado a la selvicultura y lleno de ensueños por venir; la joven esposa de un viejo que no es más que un falso carácter, su hermana, su madre que lo adora, su vieja nodriza y el antiguo intendente, que forman cuerpo, de algún modo, con la propiedad.

Y toda esa gente se hacen sufrir unos a otros, cada uno a su manera. La ironía de Tchekhov nos coloca en presencia de vidas desbaratadas, de angustiados mortales, de gentes que exageran sus personalidades y que se esfuerzan vanamente en encontrar una mejor expresión de sí mismos.

Esta pieza, representada actualmente, parecería casi tan vieja como hace cinco años una pieza francesa del Antiguo Régimen. Un abismo parecido se ha cavado. La pieza tiene ahora un interés histórico, pero el género de vida que representa ha desaparecido para siempre. En Rusia ha pasado el tiempo en que se llevaba tal existencia. Las gentes de esta especie no existen más; nos han sido arrastrados por la corriente impetuosa de la Revolución y trabajan como jamás no habrían pensado poder hacerlo; otros, menos numerosos, se han estrellado y fueron echados a un lado. La Revolución ha sido dura para algunos, mientras que ha dado a otros una vida nueva. Ha barrido tan completamente con la antigua vida, que el que llega de afuera necesita encontrarse a cien años, por lo menos, para poder encontrar, en algunas partes de Rusia, personas que desearan tornar a ser tan desgraciados como lo son los personajes allí presentados.

El protagonista de «El tío Vanía» es más extraño al público ruso de hoy día, que la ópera «Samson y Dalila», que le presenciado la semana última. Si me doy cuenta que la Revolución se ha consolidado y que las piezas de Tchekhov se ha transformado en una producción de interés histórico, me doy cuenta, también, que Tchekhov es un gran maestro, porque su obra tiene un puente sobre el abismo que se ha cavado entre el viejo régimen y la vida nueva, y conmueve al público revolucionario de hoy día tan fuertemente que se siente totalmente diferente del que fuera algunos años atrás; mejor aún, la pieza parece haber ganado con la Revolución, pues ésta le presta, puede ser, más ironía, aún, que la que Tchekhov tuvo intención realmente de encerrar en ella al escribirlo. ¿Es ésta la vida de otra época?, pienso yo, cuando me encuentro fuera del teatro, con los pies sobre la nieve. En este caso agradezcamos a Dios que haya desaparecido!

Arthur Ransome.

(Del libro «Seis semanas en Rusia», en 1919, edición francesa).

Notas sobre la revolución bolshevikí

Petrogrado, 27-9 de noviembre de 1917.

M. ALBERT THOMAS, DIPUTADO (Champigny-sur-Marne).

Mi querido amigo:

En los medios aliados y burgueses de Petrogrado reina la esperanza de un aplastamiento rápido de los insurgentes. Reina el orden más perfecto bajo la tutela de los bolsheviks, pero circulan numerosas y contradictorias noticias.

A la cabeza de fuerzas considerables, Kerenski marcharía sobre Petrogrado. Los insurgentes, mandados a su encuentro, serían pulverizados. Se cuenta que el Ministro Presidente estaría aquí esta noche. Los bolsheviks tiemblan. Lenin y Trotzky habrían disparado. No obstante yo los encuentro en el Smolny en la velada. Una maledumbre siempre densa obstruye el instituto, pero ella es menos entusiasta y más febril. La hora es difícil.

¿Qué se necesitaría desear para mañana?

En el medio que conocéis, parecen no estar muy divididos. Todos esperan ardientemente el triunfo de Kerenski y de Savinkof. Esperan de este último una represión despiadada.

Permitidme gritar «resbalado». Imagináis que los bolsheviks sean vencidos y masacrados. Hipótesis aún frágil a mi entender. ¿Qué sobrevendrá enseguida?

¿La supresión de Lenin, Trotzky y otros jefes bolsheviks suprimirá el bolshevismo, es decir, en su expresión más simple, el deseo de paz?

¿Sobre qué fuerzas materiales se apoyará Kerenski, Savinkof, Kaledin, etc., para determinar al ejército a proseguir contra su voluntad eso que Ludovic Nadeau llama pintorescamente «la cat-de-juttation» de la Europa. No se realizan más manifestaciones hostiles localizadas, insubordinaciones, como aquella que han podido ser contenidas en la primavera última en ciertas unidades francesas. Todo el mundo está de acuerdo en comprobar que la obsesión de la paz próxima ha destruido toda fuerza combativa en la casi totalidad de los regimientos rusos. Ni Savinkof, ni Kaledin brandirán al ejército lo que le falta, vale decir, razones nuevas para aceptar la prolongación de la guerra.

Tomarían al ejército en el estado lamentable en que se encontraba a la víspera de la insurrección. — ¿que

digo yo! — en un estado peor. ¿Por qué la insurrección ha estallado? Ella ha prometido la tierra, la revisión de los propósitos de guerra, la apertura probable de conversaciones de paz.

¿Cuántas esperanzas despertadas! O bien el gobierno de mañana cumplirá con estas promesas, y así se hará bolshevik, o bien las borrará; y os imagináis en qué nueva desesperación caerían los soldados, y que podría hacer para resistir? ¿Reprimir? ¿Pero a cuántos podrá fusilar? ¿Y quien consentirá en fusilar?

Me he comprometido de comunicaros completamente desnudas mis impresiones. Y yo os transmito mi parecer, tanto más voluntariamente cuanto que no soy aquí vuestro corresponsal oficial, sino un simple espectador que, desgraciadamente, tiene otra cosa que hacer que contemplar la revolución. París y usted reciben otras relaciones firmadas por hombres más autorizados que yo y más adaptados a las cosas rusas. Mi parecer es, además, de tal manera subversivo e infantil, que indigna o hace sonreír a todos los Franceses que conocen un poco a Rusia.

En cuanto a mí, no sonrío mucho cuando veo a los aliados depositar todas sus cartas sobre estos triunfos perdidos, Kerenski, Savinkof, Kaledin, etc., sin popularidad y sin fuerza real. Me parece que es ceder de todo sentido político o más simplemente de buen sentido para comprometerse a apoyar a esos hombres y no advertir que ellos ya no representan nada y que no cuentan a su favor más que con algunos prestigios desvanecidos, burgueses y funcionarios. Los mejores intelectuales, los obreros, los soldados, les han dado la espalda. Para convencerse, es suficiente registrar la extensión del movimiento hacia la izquierda que acaban de realizar las diferentes fracciones socialistas, y que los ponen en contacto directo con los bolsheviks.

¿Cuántos Franceses se han comprometido aquí por su actitud favorable a Korniloff! La lección no les ha bastado. Los mismos ven cavar entre ellos, y la verdadera democracia rusa un abismo porque no advierten que sus campeones están extendidos y que con todo lo que tienen no arrancarán una victoria, que tarde o temprano, debe ser favorable a los bolsheviks.

Yo no soy bolshevik. Veo la extensión del mal realizado en Rusia por la propaganda demagógica de los maximalistas. Veo, asimismo, lo que pudo haberse he-

cho y que no se hizo para retardar el movimiento, dividirlo y canalizarlo.

Actualmente el bolshevismo es un hecho. Lo compruebo. Es una fuerza, que en mi entender, ninguna otra fuerza rusa puede romper. Inquieta saber si esta fuerza no puede ser utilizada para los fines comunes perseguidos por la Entente y la revolución. El mal está hecho: es profundo, y sin duda incurable. Pero, como Verchowsky, el Ministro de la guerra de ayer, y puede ser de mañana, creo que el virus bolshevik puede ser atenuado por los bolsheviks y por ellos solos.

«El ejército, decía Verchowsky, reclama a grandes gritos la paz. Su valor combativo acrecerá solamente por un gobierno que haya manifestado activamente su voluntad de paz y que establezca que, si continúa la guerra, es porque el enemigo ha rechazado la paz democrática propuesta en alta voz».

Os he ya escrito y repetido que significa exponerse a muy grandes desilusiones el contar con una continuación muy activa de la guerra sobre este frente. Pero en la medida en que este ejército puede ser constreñido a combatir todavía, el partido bolshevik está, en mi sentir, mejor colocado que todos los demás para lograr que los soldados efectúen el esfuerzo máximo que bien puede ser muy pequeño.

Se me ha mostrado en el Smolny (no temen que yo esté adrocinado), los despachos del frente, en que los comités militares afirman que si la paz propuesta por los bolsheviks es rechazada por Alemania, la guerra deberá ser proseguida hasta la victoria.

Bellas frases, me diréis. No obstante es el único partido del cual actualmente pueden recogerse tan vigorosas.

Para resumir esta larga conversación desahogada, yo concluyo que, del punto de vista militar, el único en el que puedo aquí colocarme, el aplastamiento de los jefes bolsheviks dejaría intacto el bolshevismo, y que un poder fuerte con algunas débiles individualidades, no podrá, lógicamente, mejorar la situación moral de un ejército cuya antorcha se ha apagado.

La Rusia es una democracia revolucionaria. La inmensa mayoría del ejército y puede ser que de las masas obreras y paisanas, siguen a los jefes bolsheviks. Esta mayoría debe normalmente tentar la realización de sus aspiraciones. Habría peligro en retardarlas

demasiado y las democracias occidentales se cubrirían de vengianza tratando de aplastar a este gran movimiento idealista.

Antes que hacer esfuerzos para impedir la coalición menshevik-bolshevik que se anuncia penosamente ahora, los representantes aliados, renunciando a sus viejas quimeras, debían, desde luego, permitir al bloque socialista constituir un gobierno popular. No ignoráis, sin duda, las modificaciones profundas que la toma del poder, el contacto con la realidad, la conciencia de las responsabilidades inmediatas determinan entre los más fogosos ideólogos. La proclama a los pueblos, leída ruidosamente, encierra, según todos los que siguen sobre el sitio, la política bolshevik, atenuaciones considerables a las declaraciones demagógicas justamente reprochadas, hasta ahora, a este grupo. Todos los mensheviks están prontos, en el fondo, a refrendarlos, y el nuevo programa del gobierno deberá, lo mismo si los bolsheviks son excluidos del ministerio, contener la substancia de ese llamado.

Me imagino, por otra parte, que Trotzky y Lenin, llegados al poder envueltos por Thernof, Dan y algunos defensores, darán prestamente aquellos pasos que los separan todavía de lo posible, de la realidad. Ellos únicamente en todo caso, y esto es lo esencial, podrán realizar esta evolución, sin ser acusados por las masas que ellos han arrastrado hacia la paz y que ellos solos serían capaces de retener en el frente.

Pero todos estos razonamientos fallarían si, como lo proclaman gentes avisadas, Trotzky y Lenin son traidores y tienen en sus bolsillos un tratado de paz elaborado en complicidad con el enemigo.

¿Cuánto durará este gobierno bolshevik? Estamos en período revolucionario y aunque se puede olvidar a menudo también, en el cuarto año de guerra, El hambre amenaza. El invierno llega. He ahí circunstancias que pueden utilizar muy rápidamente los hombres más hábiles y más rápidamente aún los ideólogos inteligentes, pero apasionados y violentos, como aquellos de quienes acabo de hablar. Pero supongo que algunos meses, o por lo menos algunas semanas, de orden relativo, antes de la anarquía y la reacción inevitables, harán bien a los asuntos de los Aliados y de la Rusia.

Jacques Sadoul.

Contra la intervención en Rusia

(Discurso pronunciado por Ernest Lafont en la Cámara de Diputados de Francia)

La advertencia de los Demócratas

He aquí un documento tomado en estos diarios: no proviene de los bolsheviks, sino de personas de las cuales podéis mayormente contar, de los demócratas de la izquierda; de esos socialistas revolucionarios que tienen allá por jefe principal a nuestro compañero Fondamenski.

Se trata de la Unión para la regeneración de Rusia. Su título es característico. Su composición es todavía más clara, y los sentimientos que afirma en el manifiesto del 28 de Diciembre, dos días después de la caída de los aliados, son típicos.

Landry. — Son aquellos a quienes llamábais hace un año, los desviados.

Lafont. — Yo hablaba de Arkangel, ahora Arkangel está en el Norte y Odesa en el Sud.

La Unión para la regeneración de Rusia da, en primer lugar, la bienvenida a los soldados franceses.

Si estas personas me fueran sospechosas garantizarían aun más la verdad a los ojos del ministro y de Landry, del cual, pienso que está de acuerdo con el Gobierno. Por lo tanto, menos están conmigo, más escuchen con vosotros y sus juicios son desinteresados y eficaces en nuestro debate. La Unión comienza saludando a las tropas que desembarcan, pero indica, al mismo tiempo, que nace cierta inquietud. No es posible hacer algo en Rusia sin tener confianza en la democracia, o sin hacer un llamado a las organizaciones sociales. No se trata aquí de grupos socialistas de color

rojo, que tanto se atomizan desde algunos años, sino de agrupaciones sociales en general.

He aquí el manifiesto:

«La sección de Odesa de la Unión para la regeneración de Rusia, tendiendo hacia la regeneración de nuestra patria lacerada por la guerra mundial y por la guerra civil, no puede más que llamar la atención sobre fenómenos no deseables que se preparan en Odesa y que pueden impedir el éxito de la causa de la regeneración.»

«El 28 de diciembre de 1918! Hace apenas dos días que los franceses han desembarcado y los fenómenos no deseables sobre los cuales os daré algunas explicaciones comienzan por manifestarse.»

«Las masas populares de Ucrania y del Sur de Rusia no han recorrido completamente aun el estadio del espíritu bolsheviki, que anteriormente era sofocado por la fuerza exterior de las armas germánicas. En esta hora en que las masas, apenas salidas del nuevo período del dominio de los grandes propietarios, establecido con la violencia, efectuado nuevamente con fórmulas demagógicas, están dispuestas a considerar con extrema sospecha, no solamente a todo orden de poder personal — y esto porque tienen suficientes razones — sino también, la apariencia de restauración de la Rusia militar, en la que las masas están dispuestas a ver una tendencia a la restauración de Rusia como era antes de la revolución, de la antigua Rusia monárquica, que no conocía ni la libertad individual de los ciudadanos, ni la autonomía de las nacionalidades. Esta sospecha podrá ser alejada únicamente con la creación de un poder coaligado con las extensas circunscripciones sociales y favorecida por el apoyo y la segura aprobación de las masas.»

«En nombre de esta libertad, en lugar de este poder ampliamente liberal, que se les proporciona? El poder ejecutivo del Gobierno militar reemplaza esta organización que debía comprender a los representantes de los organismos sociales de toda la sociedad, según el término corriente en las bocas rusas. La propuesta de los elementos democráticos de Odesa — de esta ciudad que tenía un Consejo municipal social-demócrata por una parte y socialista revolucionario en un tercio — esta propuesta, digo, no obtuvo éxito.»

«El poder íntegramente, continúa el manifiesto, permanece en manos del Gobierno militar. Al mismo tiempo, para toda una serie de puestos administrativos, fueron designadas personas que servían bajo el antiguo régimen monárquico y bajo el régimen del etnám, personas que han adquirido, entre la población, una reputación bien definida y muy lejos de ser favorable.»

«La sección de la Unión para la regeneración de Odesa comprueba con tristeza que a raíz de semejantes procedimientos del nuevo poder en los centros democráticos de la población nace y aumenta la desconfianza y la sospecha por este poder, considerándolo como inclinado a la restauración monárquica.»

«He aquí la primera impresión después de dos días! Los acontecimientos que se efectúan han llegado a modificar este estado de ánimo?»

Contra el sufragio universal

«Conocéis la respuesta dada por uno de nuestros oficiales — el primero en llegar — o sea el jefe del Estado Mayor del general Anasim, comandante de las tropas de Odesa, y que se llama el coronel Freidenberg? Recibí una delegación. Tomo mi cita en un diario de Odesa que se llama Odesia Novosti. (Las noticias de Odesa) del 26 de Enero de 1919.»

«La delegación estaba compuesta por representantes de los partidos, por el presidente del Consejo municipal de Kaskov, la segunda gran ciudad de Ucrania, o mejor dicho, la gran ciudad ucraniana, Kieff siendo un poco excéntrica, y Odesa, ciudad de población bastante mixta. Esta delegación comprendía igualmente a los representantes de los socialistas populistas y a los representantes del antiguo bloque progresista de la Duma de Estado, vale decir, el partido moderado de la

izquierda de la antigua Duma del imperio.

Se presentan ante el coronel y le hablan de diversas cosas. Este indica — lo que es algo exagerado — que la acción de los aliados y de los franceses, particularmente, va extendiéndose en Ucrania...»

«Lo que no decís vosotros, dice allí en los diarios de Odesa: son más francos y saben mucho más.»

«Hablan con el coronel de la situación local. Le preguntan lo que deberá hacerse para las elecciones, si los Consejos municipales, los Zemstvos que funcionan, podrán permanecer, aunque excediendo su mandato legal, como un vulgar Consejo municipal o una vulgar cámara de diputados de Francia, o si deberán recurrir, nuevamente, y sobre qué bases, a los escrutinios populares. Escuchad bien, señores, porque con semejantes palabras se puede cerrar la puerta por la cual se ha intentado penetrar como amigos, y de la cual se puede volver mañana como vendedores.»

«La delegación ha planteado la cuestión de las atribuciones de los zemstvos y de las municipalidades de regiones que se convertirán en zona de influencia de los Aliados.»

«Es todo lo que os he resumido. El coronel Freidenberg se ha interesado por los principios que sirvieron de base a las elecciones de los Consejos municipales y de las asambleas de los zemstvos, y ha emitido la opinión de que estos principios son evidentemente imperfectos y que deben ser radicalmente cambiados.»

«Estos principios no son otra cosa que el sufragio universal puro y simple.»

«Las militares residentes allá no pueden suprimirlos, sino que quieren tranquilizar los nervios intentando derrogarlos en Rusia. Es un hecho.»

Montet. — Quieren adoptar la costumbre.

Las leyes de Skoropadski

Lafont. — Lo que da al pensamiento del coronel Freidenberg todo su valor es lo que manifestó el senador ruso Piltz: que habéis instalado allá, que vuestras tropas han instalado, como agregado al gobernador militar ruso, a un general tan reaccionario, que hace unos días, el general Berthelot debió hacerlo detener, provisionalmente, para ponerlo en libertad de inmediato.

Bon. — Es la confusión de la cual se habló.

Lafont. — Si, consultad los diarios de Odesa: yo tomo los hechos de un diario del 28 de diciembre. Los representantes de la prensa interrogan al senador sobre la situación legal de Odesa y sobre las leyes que se deben aplicar regularmente, y Piltz responde: «El poder del Directorio ucraniano, sus leyes y sus órdenes no están reconocidos por nosotros, permaneciendo en vigor las leyes que han precedido al Directorio, vale decir, las leyes del etnám Skoropadski», vale decir, del hombre de Alemania que con gran beneficio y enriquecido a Ucrania durante algunos meses con el apoyo de las bayonetas alemanas con gran beneficio de Berlín, («Bien, muy bien» en la Extrema Izquierda).

Cuando llegásteis a Odesa, se barrieron las leyes democráticas del Directorio socialista revolucionario ucraniano y se restablecieron las leyes de Skoropadski. Vosotros sabéis lo que esto significa, por lo menos en dos puntos.

Primero, el restablecimiento del sufragio por censo: El coronel Freidenberg, que de noche concurre a los salones y que fuera de las horas de trabajo frecuenta al senador Piltz y sus amigos, habló francamente en nombre de los Aliados, dijo: «No, las leyes en vigor no pueden continuar: es necesario cambiar radicalmente la base del sufragio.»

Desde el punto de vista social, esto significa el restablecimiento íntegro de la gran propiedad privada, suprimida por el directorio Vinchenko-Petura.

Recurrid a vuestros recuerdos y juzgad el efecto. — Son democráticas a los cuales priváis del sufragio universal; a los campesinos les atrancáis la tierra.

(Continuará).

La obra constructiva en Rusia

EL CONTROL DEL TRIGO (1).

«Las desastrosas condiciones del abastecimiento del país, la grave herencia de cuatro años de guerra, continúan extendiéndose y haciéndose siempre más agudas. Mientras las regiones consumidoras se encuentran hambrientas, en las regiones productoras grandes existencias, en este momento, como anteriormente, grandes reservas de trigo de las cosechas de 1916 y 1917 todavía intactas. Este trigo se halla en manos de ávidos acaparadores y aprovechadores de la burguesía de las aldeas. Bien nutrida y bien abastecida después de haber acumulado enormes sumas de dinero durante la guerra, la burguesía de las aldeas se mantiene teazamente sorda e indiferente a las invocaciones de los hambrientos obreros y campesinos pobres, y no lleva el trigo a los centros de cosecha. El trigo es conservado con la esperanza de poder obligar al gobierno a aumentar continuamente el precio, mientras a su vez los propietarios venden el grano en casa a los especuladores a precios fabulosos.»

«Es necesario poner fin a tal obstinación de esos sordidos aprovechadores. La experiencia hecha durante los primeros años con respecto a los alimentos ha demostrado que impedir los precios fijos y prohibir el monopolio del trigo, mientras disminuye la posibilidad de consumo para nuestro grupo de capitalistas, hacen que el pan sea inaccesible a millones de trabajadores que en esa forma quedarían sometidos a una muerte inevitable por hambre.»

«Debemos responder a la maledicia de los poseedores de trigo para con los países hambrientos con la maledicia contra la burguesía.»

«Nada debe quedar en manos de los detentadores del trigo, excepto la cantidad necesaria para sembrar los campos y sustentar a la familia hasta la nueva cosecha.»

«En consecuencia, el Comité central ejecutivo pan-tuso decreta:

1.º Confirmando el monopolio del trigo a precios fijos, y la necesidad de una lucha sin tregua contra los especuladores del trigo, es obligatorio para todo poseedor de trigo declarar el excedente de que dispone, deduciendo lo necesario para la siembra y para el consumo familiar, en la medida normal, hasta la nueva cosecha, y consignarlo, en toda aldea, en el término de una semana, desde la publicación del presente decreto. La aplicación de este decreto será ordenada por el Comisario del pueblo para los alimentos por medio de las organizaciones de subsistencias locales.

2.º Invitar a los obreros y campesinos pobres a unirse inmediatamente para una lucha sin piedad contra los acaparadores del trigo.

3.º Declarar enemigos del pueblo a todos aquellos que disponen de un excedente de trigo y que no lo conducen a los centros de cosecha, y, también, a los que

(1) Léase el folleto: La lucha por el pan, de Nicolás Lenin.

destinan las reservas de trigo a la ilícita destilación del alcohol y no lo conducen a los centros de cosecha; denunciarnos al Tribunal revolucionario, a fin de condenarnos a la cárcel, por no menos de diez años y confiscar todas sus propiedades y arrojarnos para siempre de la comunidad, mientras los destiladores serán condenados a trabajos obligatorios en favor de la comunidad.

«El excedente de trigo no declarado en consignación, de acuerdo al artículo 1.º, hallado en posesión de cualquiera será confiscado sin indemnización, y la suma, que sobrepase los precios fijados, debido al excedente no declarado será pagada mitad a las personas que denuncian a los detentadores, después de ser conducido aquél a los centros de cosecha, y la otra mitad a la comunidad de la aldea. Las denuncias se harán ante las organizaciones de subsistencias locales.»

«Además, considerando que la lucha contra la crisis alimenticia exige la aplicación de procedimientos rápidos y decisivos; que para que éstos sean efectivos deben emanar de una organización central única, se confiere al Comisariado del pueblo para la alimentación los siguientes poderes:

1.º Publicar reglamentos obligatorios sobre la situación alimenticia, excediendo los límites usuales de su competencia.

2.º Abrogar todas las disposiciones locales o de otras instituciones que contrasten con el plan de acción del Comisario del pueblo.

3.º Exigir que las instituciones y las organizaciones de todas las secciones lleven a cabo inmediatamente las órdenes del Comisario.

4.º Usar de la fuerza armada en caso de resistencia para descubrir el trigo y otros productos alimenticios.

5.º Disolver y reorganizar las agencias alimenticias allí donde se resistieran a ejecutar las órdenes del Comisario del pueblo.

6.º Destituir, trasladar, denunciar al Tribunal revolucionario, o hacer detener a los funcionarios, empleados de todas las secciones y organizaciones públicas que impidieran la ejecución de las órdenes del Comisario del pueblo.

7.º Transferir estos poderes, incluso el derecho de detener a personas o instituciones de diversos lugares, previa aprobación del Consejo de los Comisarios del pueblo.

8.º Adoptar acuerdos con la división de las vías de comunicaciones y con el Consejo supremo de la Economía nacional.

9.º Las decisiones y los reglamentos emanados del Comisario del pueblo en esta materia, se someten al examen del colegio a que correspondía, sin suspender su ejecución, ni dejar de referir lo realizado al Consejo de los Comisarios públicos.

10. El presente decreto entra en vigor desde la fecha de su firma y debe ser transmitido telegráficamente para su aplicación.

(Publicado el 14 de Mayo de 1918).

Documentos de la Revolución

Resoluciones del último Congreso del Partido Comunista de Alemania (Spartacus).

1.º La revolución — nacida de la explotación económica del proletariado obra del capitalismo y de la opresión política, obra de la burguesía — tiene una doble misión: La supresión de la esclavitud política y la abolición de las condiciones capitalistas de explotación.

2.º La sustitución de la explotación capitalista por la producción socialista, tiene por condición la supresión de la potencia política de la burguesía y su sustitución por la dictadura del proletariado.

3.º Entre todos los períodos de la revolución que pre-

ceden a la conquista del poder por el proletariado, la revolución consiste en una lucha política de las masas proletarias en pro de la conquista del poder político. Esta lucha se hará apelando a todos los medios políticos y económicos. El Partido Comunista de Alemania (K. P. D.), sabe que esta lucha solamente obtendrá la victoria mediante el empleo de los medios políticos más grandes (huélgas generales, manifestaciones de la masa, insurrección). El Partido Comunista de Alemania, no puede renunciar, por principios, a ningún medio político, útil para la preparación de estas grandes luchas. La participación en las elecciones parlamentarias, Consejos comunales, Consejos de fábrica legalmente reconocidos, etc., puede considerarse como uno de estos medios.

Como las elecciones son medios de preparación de la

lucha revolucionaria, puede renunciarse al empleo de este medio en situaciones políticas especiales, particularmente cuando la utilización del Parlamento se ha hecho momentánea o definitivamente superflua, debido a acciones revolucionarias en curso o próximas a decidirse.

El Partido Comunista de Alemania rechaza por una parte la concepción sindicalista, que declara superflua y nociva la acción política y, por otra parte, la concepción del partido de los Independientes, que cree que pueden lograrse conquistas revolucionarias mediante decisiones parlamentarias o negociaciones con la burguesía.

4.º Antes de la conquista del poder se debe dar la más grande importancia al cumplimiento de las organizaciones soviéticas existentes y a la creación de nuevas organizaciones. En este caso, se debe pensar que los Soviets y las organizaciones de los Consejos no pueden crearse ni mantenerse con estatutos, reglamentos electorales, etc. Deben su existencia, únicamente, a la voluntad y a la acción revolucionaria de las masas; éstas son para el proletariado la expresión ideológica y organizadora de su voluntad de poder, así como los parlamentos son la expresión de la burguesía.

Los Consejos obreros son, también, los gestores de la acción revolucionaria del proletariado. Los miembros del Partido Comunista de Alemania deben constituirse en fracción en el seno de los Consejos obreros y buscar, con palabras de orden adecuadas, de elevar los mismos Consejos a la altura de su misión revolucionaria y obtener la dirección de los Consejos de los obreros y de las masas obreras.

5.º La revolución, que no es solamente un golpe, sino la larga, obstinada lucha de una clase oprimida desde milenios y, en consecuencia, no plenamente consciente de su misión y de su fuerza, sometida aún al flujo y reflujo de los acontecimientos. Cambia de medios según la situación, ataca al capitalismo ya sea en su parte política, en su parte económica o en ambas partes a la vez. El Partido Comunista de Alemania combatirá la opinión de que una revolución económica es independiente de una revolución política. Los medios económicos de lucha son particularmente importantes, por que abren mejor los ojos del proletariado acerca de las verdaderas causas de su miseria económica y política. El valor de estos medios de lucha crece a medida que se agranda entre el proletariado la idea de que estos medios económicos de lucha sirven al propósito político de la revolución.

Es deber del partido político asegurar al proletariado el libre empleo de estos medios económicos, sin ser obstaculizado por la burocracia sindical contrarrevolucionaria y, cuando sea necesario, también, a costa de la destrucción de la forma del sindicato y la creación de nuevas formas de organización.

La concepción de que se pueden obtener acciones de las masas gracias a una forma especial de organización, de que la revolución es una cuestión de forma de organización, la rechazamos como una vuelta a la utopía pequeño burguesa.

6.º La organización económica es la que reúne a las grandes masas. En ella se encuentra una gran parte, aunque no la única, de la masa que esgrime la lucha revolucionaria. El partido político, al contrario, está llamado a dirigir la lucha revolucionaria de las masas. En el Partido Comunista de Alemania se reúnen los elementos más avanzados y más conscientes del proletariado, destinados a marchar a la vanguardia de las luchas revolucionarias. En interés de la unidad, de la educación intelectual y del acuerdo de esta vanguardia, es necesario que esos elementos se reúnan en un partido político.

La opinión sindicalista, según la cual esta unión de los proletarios más conscientes en un partido no es necesaria, que el partido debe desparecer ante las organizaciones económicas del proletariado, o fundirse en ellas o que el partido debe ceder a las organizaciones de los oficinas la dirección de las acciones revolucionarias para limitarse a la propaganda, semejante opinión es contrarrevolucionaria, porque pretende substituir las claras vistas de la flor del proletariado por el impulso caótico de las masas en fermentación. El partido no puede estar dispuesto al cumplimiento de esta misión si durante las épocas revolucionarias no se encuentra fuertemente centralizado. En semejantes momentos el federalismo no es más que una forma oculta de la negación y de la disolución del partido, pues en realidad el federalismo paraliza al partido. La más fuerte centralización es necesaria tanto para la organización

económica cuanto que para la organización política del proletariado. El federalismo en las organizaciones económicas impide las acciones unidas de los obreros. El Partido Comunista de Alemania rechaza todo federalismo.

7.º Los miembros del Partido Comunista de Alemania, que no compartan estas opiniones sobre la naturaleza de la organización y de la acción del partido, deben salir del mismo.

Puesto a votación el programa de la dirección del Partido, obtiene 31 votos contra 18, que obtuvo la corriente sindicalista guiada por Lanfienberg (Hamburgo).

La verdad sobre la masacre frente al Reichstag

Una vez más en Berlín ha corrido sangre obrera. ¿Por qué?

Los proletarios revolucionarios de Berlín, en masas innumerables, efectuaban frente al Reichstag una demostración contra la ley sobre los Consejos de Fábrica. En lugar de un derecho de decisión y de control, en lugar de una unión entre empleados y obreros, el proyecto de ley gubernativo significa el despojo de todos los derechos conquistados por la revolución. Mientras tanto, se anuncian otras leyes de excepción contra el derecho de coalición de los obreros y de los empleados.

En todo lo cual la clase obrera vislumbra un atentado a sus derechos fundamentales. A raíz de ello surgió la demostración. La gigantesca fila del proletariado berlinés demuestra lo extenso y profundo de la agitación contra la política antiobrero del gobierno y el refuerzo de la reacción.

Era propósito de la demostración demostrar al gran público, a la Asamblea Nacional y al gobierno, cómo piensan los obreros y los empleados con respecto a los continuos atentados contra sus derechos. ¡Y este era un derecho legítimo! Acudieron pacíficamente, sin armas. No obstante, el gobierno había circundado el edificio del Reichstag con tropas armadas de carabinas y granadas de mano.

En medio de la muchedumbre hizo pasar automóviles con ametralladoras y lanza llamas. También frente al Reichstag fueron colocadas ametralladoras. Todo lo cual debía producir el efecto de una provocación.

La intención de la demostración era absolutamente pacífica. Hubiera sido una insensatez lanzar hombres inermes al asalto del edificio del Parlamento, custodiado por tropas bien armadas. Nadie puede seriamente atribuir a las organizaciones semejante locura.

Si no se hubiesen colocado — sin razón alguna — las fuerzas armadas frente al Reichstag, en forma provocadora, y si no se hubiese arrojado a la muchedumbre que se aglomeraba sobre la escalinata delante de la entrada principal, siempre cerrada, no hubiera habido altercados y no se hubiera llegado a vias de hecho entre algunos soldados y manifestantes. No queremos indagar aquí cuántos agentes provocadores se mezclaron. Los episodios de la escalinata no justifican en nada el fuego aniquilador de las ametralladoras, ordenado contra la compacta muchedumbre de hombres y de mujeres inermes.

Ninguna tergiversación de hechos, ninguna mentira logrará borrar la terrible infamia de que se abrió el fuego de las ametralladoras contra una muchedumbre inermes, de que a una demostración pacífica se respondió con la masacre.

El gobierno explota la carnicería cometida por sus tropas, para instigar contra el Partido Socialista Independiente. Con el estado de sitio el gobierno nos impide dar a conocer la verdad.

Si el gobierno estuviera seguro de sus cosas, no hubiera amordazado al proletariado prohibiendo la publicación de sus diarios.

Rechazamos con toda nuestra energía las sistemáticas provocaciones en contra nuestro partido y del proletariado consentido. Sabemos que ningún medio de instigación y de violencia impedirá que la clase obrera luche por su emancipación. Sobre todas las brutalidades, sobre todas las abyecciones triunfará el Socialismo.

El Comité Central del Partido Socialista Independiente, de Alemania.

APARECIÓ

NICOLAS LENIN

LA LUCHA POR EL PAN

LEON TROTZKY

Trabajo, orden y disciplina salvarán la República Socialista

Precio: 0.20 ctvs.

A cantidades mayores se hace el 20 0/0 de descuento.

Pedidos a José N6, Casilla de Correo 1160, Buenos Aires.

En venta el folleto:

del Capitán JACQUES SADOUL

Ex-miembro de la
Misión Militar Francesa en Rusia

Dos cartas a Romain Rolland

Una obra gigantesca

cumplida por gigantes

(CARTA DIRIGIDA A JEAN LONGUET)

Pedidos a JOSE N6:

Casilla de Correo 1160, Bs. Aires.

El 10 de Abril

aparecerá el folleto

Spartacus

Propósitos,
Objetivos
y Aventuras

BIBLIOTECA «DOCUMENTOS DEL PROGRESO»

- Nicolás Lenin. — La victoria del Soviet. — John Reed. — Cómo funciona el Soviet (agotado)
- Jacques Sadoul. — Una obra gigantesca cumplida por gigantes > 0.10
- Nicolás Lenin. — La lucha por el pan. — León Trotzky. — Trabajo, orden y disciplina salvarán la República Socialista > 0.20
- León Trotzky. — El advenimiento del bolshevikismo. (Desde la Revolución de Octubre al Tratado de Paz de Brest-Litowsk) > 1.00

A estos precios deberán agregarse los gastos de franqueo.

EN NUMEROS SUCESIVOS SE PUBLICARAN ENTRE OTROS INTERESANTES TRABAJOS, LOS SIGUIENTES:

- N. Lenin. — El porvenir del Soviet.
M. Gorki. — En el torrente de la Revolución
H. Barbusse. — La voluntad de los veteranos de la guerra.
C. Nikolsky. — La República Rusa de los Soviets.
Nicolás Bukharin. — Iglesia y Escuela en la República de los Soviets.
Felipe Price. — El sistema de los Consejos en Rusia.
El movimiento obrero en los Estados Unidos hacia la izquierda.
Miguel Reissner. — Principios de organización de la justicia en la Rusia de los Soviets.
N. H. Brailsford. — ¿Parlamento o Soviet?
Eugenio Varga. — Los problemas del Soviet húngaro.
El programa agrario del Partido Comunista de Alemania.
León Trotzky. — El porvenir de la guerra y de la paz.
L. Larin. — La acción económica del poder de los Soviets.
R. Arsky. — El control obrero en Rusia.

La correspondencia y giros, dirigirla a nombre del administrador
José Nó, Casilla de Correo 1160, Buenos Aires.

SUSCRIPCION

Semestre	\$ 2.00
Año	" 4.00
Precio del ejemplar	" 0.20

Pídalo en los kioskos y a los revendedores

Hágase suscriptor

A NUESTROS LECTORES

Ponemos en conocimiento de nuestros lectores que existen disponibles números atrasados. Los interesados pueden solicitarlos enviando su importe a Casilla de Correo 1160.